



Anónimo

Pastor De Hermas



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

PASTOR DE HERMAS

ANÓNIMO

PUBLICADO: 150
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO I – LAS VISIONES

PRIMERA VISIÓN

CONTRA LOS PENSAMIENTOS IMPUROS Y SOBERBIOS, Y LA NEGLIGENCIA DE HERMAS AL CORREGIR A SUS HIJOS

CAPÍTULO I

Aquel que me había criado me vendió a una tal Rhode en Roma. Muchos años después la reconocí, y comencé a amarla como a una hermana. Algún

tiempo más tarde la vi bañarse en el río Tíber; le tendí la mano y la saqué del agua. La contemplación de su belleza me hizo pensar para mis adentros: «Dichoso yo si pudiera tener una esposa tan hermosa y bondadosa como ella». Este fue el único pensamiento que me pasó por la mente: ese y nada más. Poco tiempo después, mientras caminaba hacia las aldeas y magnificaba las criaturas de Dios, pensando en cuán magníficas, hermosas y poderosas son, me quedé dormido. Y el Espíritu me arrebató y me llevó a través de un lugar sin caminos, por el que ningún hombre podría transitar, pues estaba enclavado en medio de rocas; era abrupto e impracticable a causa del agua. Habiendo cruzado aquel río, llegué a una llanura. Me arrodillé entonces y me puse a orar al Señor y a confesar mis pecados. Y mientras oraba, se abrieron los cielos, y veo a la mujer que yo había deseado saludándome desde el cielo y diciéndome: «¡Salve, Hermas!». Y alzando los ojos hacia ella, le dije: «Señora, ¿qué haces aquí?». Y ella me respondió: «He sido llevada aquí para acusarte de tus pecados ante el Señor». «Señora», dije yo, «¿vas a ser el motivo de mi acusación?». «No», dijo ella; «pero escucha las palabras que voy a decirte. Dios, que habita en los cielos y creó de la nada las cosas que existen, y las multiplicó e hizo crecer a causa de su santa Iglesia, está airado contigo por haber pecado contra mí». Le respondí: «Señora, ¿he pecado contra ti? ¿Cómo? ¿O cuándo te dirigí una palabra indecorosa? ¿Acaso no te consideré siempre como una señora? ¿No te respeté siempre como a una hermana? ¿Por qué me acusas falsamente de esta maldad e impureza?». Con una sonrisa me respondió: «El deseo de la iniquidad surgió en tu corazón. ¿Acaso no te parece que un hombre justo peca cuando nace en su corazón un deseo malvado? Hay pecado en tal caso, y el pecado es grave», dijo ella; «pues los pensamientos de un hombre justo deben ser justos. Porque pensando con rectitud su carácter queda asentado en los cielos, y el Señor le es misericordioso en todos sus asuntos. Pero quienes albergan pensamientos malvados en su mente se atraen a sí mismos la muerte y la esclavitud; y esto es especialmente así en quienes ponen su afecto en este mundo y se glorían en sus riquezas sin mirar hacia adelante, hacia los bienes de la vida por venir. Pues muchos serán sus pesares, ya que no tienen esperanza y se han desesperado de sí mismos y de su vida. Mas tú ora a Dios, y Él sanará tus pecados y los pecados de toda tu casa y de todos los santos».

CAPÍTULO II

Después de haber pronunciado estas palabras, los cielos se cerraron. Quedé abrumado de tristeza y temor, y me dije a mí mismo: «Si este pecado se me imputa, ¿cómo podré ser salvo, o cómo propiciaré a Dios respecto a mis pecados, que son de la peor índole? ¿Con qué palabras pediré al Señor que tenga misericordia de mí?». Mientras reflexionaba sobre estas cosas y las debatía en mi mente, vi frente a mí un asiento blanco, hecho de lana blanca, de gran tamaño. Y se acercó una anciana ataviada con un manto espléndido y con un libro en la mano; se sentó sola y me saludó: «¡Salve, Hermas!». Y con tristeza y lágrimas le dije: «¡Señora, salve!». Y ella me dijo: «¿Por qué estás abatido, Hermas? Pues siempre fuiste paciente y moderado, y siempre sonriente. ¿Por qué estás tan sombrío y sin alegría?»

Le respondí y dije: «Oh Señora, una mujer muy buena me ha reprochado diciéndome que pequé contra ella». Y ella dijo: «Lejos esté tal cosa de un siervo de Dios. Pero quizás ha surgido en tu corazón un deseo hacia ella. Tal deseo, en el caso de los siervos de Dios, produce pecado. Pues es un deseo malo y horrible en un espíritu del todo casto y ya bien probado el anhelar una mala acción; y especialmente para Hermas, que se guarda de todo deseo malvado y está lleno de toda sencillez y de gran ingenuidad».

CAPÍTULO III

«Pero Dios no está airado contigo por esto, sino para que conviertas a tu casa, que ha cometido iniquidad contra el Señor y contra ti, sus padres. Y aunque amas a tus hijos, no amonestaste a tu casa, sino que les permitiste corromperse terriblemente. Por esto está el Señor airado contigo, pero sanará todos los males que se han cometido en tu casa. Pues a causa de sus pecados e iniquidades has sido destruido por los asuntos de este mundo.

Pero ahora la misericordia del Señor se ha apiadado de ti y de tu casa, y te fortalecerá y te establecerá en su gloria. Solo no seas pusilánime, sino ten buen ánimo y consuela a tu casa. Pues así como un herrero martilla su obra y logra cuanto desea, así también la palabra justa pronunciada cada día vencerá toda iniquidad. No ceses, pues, de amonestar a tus hijos; pues sé que, si se arrepienten de todo corazón, serán inscritos en los Libros de la Vida junto a los santos». Habiendo terminado estas palabras, me dijo: «¿De-seas que te lea?». Le digo: «Señora, sí». «Escucha, pues, y presta oído a las glorias de Dios». Y entonces escuché de su boca, de manera magnífica y admirable, cosas que mi memoria no pudo retener. Pues todas las palabras eran terribles, de tal clase que el hombre no podría soportarlas. Las últimas palabras, sin embargo, sí las recordé; pues eran útiles para nosotros y apacibles. «He aquí que el Dios de los poderes, que con su invisible y fuerte poder y gran sabiduría creó el mundo, y con su glorioso consejo rodeó su creación de belleza, y con su poderosa palabra fijó los cielos y puso los cimientos de la tierra sobre las aguas, y con su propia sabiduría y providencia creó su santa Iglesia, a la que ha bendecido, he aquí que remueve los cielos y los montes, las colinas y los mares, y todas las cosas se allanan para sus elegidos, a fin de otorgarles la bendición que les ha prometido, con mucha gloria y alegría, con tal solo que guarden los mandamientos de Dios que han recibido con gran fe».

CAPÍTULO IV

Cuando hubo terminado su lectura, se levantó del asiento, y cuatro jóvenes vinieron y se llevaron el asiento hacia el oriente. Y ella me llamó hacia sí y me tocó el pecho, y me dijo: «¿Te ha agradado mi lectura?». Y yo le digo: «Señora, las últimas palabras me agradan, pero las primeras son crueles y duras». Entonces ella me dijo: «Las últimas son para los justos; las primeras son para los paganos y los apóstatas». Y mientras me hablaba, aparecieron dos hombres que la alzaron sobre sus hombros, y se fueron hacia donde es-

taba el asiento, en el oriente. Con semblante alegre se marchó; y al irse me dijo: «Compórtate como un hombre, Hermas».

SEGUNDA VISIÓN

DE NUEVO, SOBRE SU NEGLIGENCIA AL CORREGIR A SU MUJER CHARLATANA Y A SUS HIJOS LUJURIOSOS, Y SOBRE SU CARÁCTER

CAPÍTULO I

Mientras iba al campo por la misma época que el año anterior, durante mi camino recordé la visión de aquel año. Y de nuevo el Espíritu me arrebató y me llevó al mismo lugar donde había estado el año anterior. Al llegar a aquel lugar, doblé las rodillas y comencé a orar al Señor y a glorificar su nombre, porque me había juzgado digno y me había dado a conocer mis pecados pasados. Al levantarme de la oración, veo frente a mí a aquella anciana que había visto el año anterior, que caminaba y leía un libro. Y me dice: «¿Puedes llevar noticia de estas cosas a los elegidos de Dios?». Le digo: «Señora, tanto no puedo retenerlo en la memoria, pero dame el libro y lo copiaré». «Tómalo», dice ella, «y me lo devolverás». Entonces lo tomé, y retirándome a una cierta parte del campo, lo copié todo letra por letra; pero

las sílabas no logré captarlas. No bien hube terminado de escribir el libro, de repente fue arrebatado de mis manos; pero quién fue la persona que lo arrebató, no lo vi.

CAPÍTULO II

Quince días después, habiendo ayunado y orado mucho al Señor, me fue revelado el conocimiento de lo escrito. Ahora bien, lo escrito decía así: «Tu descendencia, oh Hermas, ha pecado contra Dios, y ha blasfemado contra el Señor, y en su gran maldad ha traicionado a sus padres. Y pasaron como traidores de sus padres, y con su traición no obtuvieron provecho alguno. E incluso ahora han añadido a sus pecados lujurias e impuras contaminaciones, y así se han colmado sus iniquidades. Pero da a conocer estas palabras a todos tus hijos y a tu esposa, que ha de ser tu hermana. Pues ella no refrena su lengua, con la cual comete iniquidad; pero al oír estas palabras, se dominará y alcanzará misericordia. Porque después de que hayas dado a conocer a los tuyos estas palabras que mi Señor me ha mandado revelarte, les serán perdonados todos los pecados que en tiempos pasados cometieron, y se concederá el perdón a todos los santos que han pecado hasta el día de hoy, si se arrepienten de todo corazón y apartan de su mente toda duda. Pues el Señor ha jurado por su gloria, respecto a sus elegidos, que si alguno de ellos pecara después de cierto día que ha sido fijado, no será salvo. Porque el arrepentimiento de los justos tiene límites. Se han cumplido los días de arrepentimiento para todos los santos; pero para los paganos, el arrepentimiento será posible hasta el último día. Dirás, pues, a quienes presiden la Iglesia que encaminen sus vidas en justicia, a fin de que reciban plenamente las promesas con gran gloria. Manteneos firmes, por tanto, vosotros los que obráis la justicia, y no dudéis, para que vuestra partida sea con los santos ángeles. Dichosos los que soporten la gran tribulación que se avecina, y dichosos los que no reniegan de su propia vida. Pues el Señor ha jurado por su Hijo que quienes renegaron de su Señor abandonaron su vida en la desesperación, pues incluso ahora estos están por renegar de Él en los

días que vienen. A quienes renegaron en tiempos anteriores, Dios fue misericordioso, a causa de su grandísima ternura.

CAPÍTULO III

»Pero en cuanto a ti, Hermas, no recuerdes las ofensas que te han hecho tus hijos, ni abandones a tu hermana, para que sean purificados de sus pecados pasados. Pues serán instruidos con justa instrucción si tú no recuerdas las ofensas que te han hecho. Porque el recuerdo de las ofensas produce la muerte. Y tú, Hermas, has sufrido grandes tribulaciones personales a causa de las transgresiones de tu casa, porque no te ocupaste de ellos, sino que fuiste descuidado y te entregaste a tus malas transacciones. Pero eres salvo, porque no te apartaste del Dios vivo, y a causa de tu sencillez y tu gran dominio de ti mismo. Estas cosas te han salvado, si permaneces firme. Y salvarán a todos los que obren de igual manera y caminen con ingenuidad y sencillez. Los que posean tales virtudes se fortalecerán contra toda forma de maldad y permanecerán hasta la vida eterna. Bienaventurados todos los que practican la justicia, pues jamás serán destruidos. Ahora dile a Máximo: He aquí que la tribulación llega. Si te parece bien, reniega de nuevo. El Señor está cerca de los que se vuelven a Él, como está escrito en Eldad y Modad, que profetizaron al pueblo en el desierto».

CAPÍTULO IV

Ahora bien, mientras dormía me fue concedida una revelación, hermanos, por un joven de hermoso aspecto, que me dijo: «¿Quién crees que es esa anciana de quien recibiste el libro?». Y yo dije: «La Sibila». «Te equivocas»,

dice él; «no es la Sibila». «¿Quién es, pues?», digo yo. Y él dijo: «Es la Iglesia». Y yo le dije: «¿Por qué es, entonces, una anciana?». «Porque», dijo él, «fue creada la primera de todas las cosas. Por eso es anciana. Y por su causa fue hecho el mundo». Después de esto vi una visión en mi casa, y aquella anciana vino y me preguntó si ya había entregado el libro a los presbíteros. Y yo dije que no. Y entonces ella dijo: «Has hecho bien, pues tengo algunas palabras que añadir. Pero cuando haya terminado todas las palabras, todos los elegidos las conocerán entonces por medio de ti. Escribirás, pues, dos libros, y enviarás el uno a Clemente y el otro a Grapte. Y Clemente lo enviará a los países extranjeros, pues se le ha otorgado permiso para hacerlo. Y Grapte amonestará a las viudas y a los huérfanos. Pero tú leerás las palabras en esta ciudad junto con los presbíteros que presiden la Iglesia».

TERCERA VISIÓN

SOBRE LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA TRIUNFANTE Y LAS DIVERSAS CLASES DE HOMBRES RÉPROBOS

CAPÍTULO I

La visión que tuve, hermanos, fue de la siguiente naturaleza. Habiendo ayudado con frecuencia y orado al Señor para que me mostrase la revelación que me había prometido mostrar por medio de aquella anciana, la misma noche aquella anciana se me apareció y me dijo: «Puesto que estás tan ansioso y deseoso de saberlo todo, ve a la parte del campo donde te quedas; y hacia la quinta hora me apareceré a ti y te mostraré todo lo que debes ver». Le pregunté, diciéndole: «Señora, ¿a qué parte del campo debo ir?». Y ella dijo: «A la que quieras». Entonces elegí un lugar apropiado y me retiré. Antes, sin embargo, de que comenzara a hablar y a mencionar el lugar, ella me dijo: «Vendré adonde tú quieras». Fui, pues, al campo, conté las horas y llegué al lugar donde había prometido encontrarme con ella. Y veo un asiento de marfil ya colocado, y sobre él un cojín de lino, y sobre el cojín de lino estaba extendida una cubierta de lino fino. Al ver esto dispuesto y no haber nadie en el lugar, comencé a sentir temor, y como un estremecimiento se apoderó de mí, y se me pusieron los pelos de punta, y como un horror se apoderó de mí al ver que estaba completamente solo. Pero volviéndome en mí y recordando la gloria de Dios, cobré ánimo, doblé las rodillas y de nuevo confesé mis pecados a Dios como había hecho antes. Y entonces se acercó la anciana, acompañada de seis jóvenes que también había visto antes; y

se puso detrás de mí y me escuchó mientras oraba y confesaba mis pecados al Señor. Y tocándome me dijo: «Hermas, deja de orar continuamente por tus pecados; ora por la justicia, para que tengas parte en ella de inmediato en tu casa». Entonces me tomó de la mano y me llevó hasta el asiento, y dijo a los jóvenes: «Id y construid». Cuando los jóvenes se hubieron marchado y estábamos solos, ella me dijo: «Siéntate aquí». Le digo: «Señora, que se sienten primero mis mayores». «Haz lo que te mando», dijo ella; «siéntate». Cuando yo hubiera querido sentarme a su derecha, ella no me lo permitió, sino que con la mano me hizo señas de sentarme a la izquierda. Mientras yo pensaba en esto y me disgustaba por no dejarme sentar a la derecha, ella dijo: «¿Estás disgustado, Hermas? El lugar a la derecha es para otros que ya han agradado a Dios y han sufrido por su nombre; y tú tienes aún mucho que cumplir antes de poder sentarte con ellos. Pero persevera como ahora lo haces en tu sencillez, y te sentarás con ellos y con todos los que hacen sus obras y soportan lo que ellos soportaron».

CAPÍTULO II

«¿Qué han soportado?», dije yo. «Escucha», dijo ella: «azotes, prisiones, grandes tribulaciones, cruces, fieras, por el nombre de Dios. Por esto les está asignada la división de la santificación a la derecha, y a todo el que sufra por el nombre de Dios; a los demás les está asignada la división a la izquierda. Pero tanto para los que se sientan a la derecha como para los que se sientan a la izquierda, los dones y las promesas son los mismos; solo que aquellos se sientan a la derecha y tienen cierta gloria. Tú, pues, deseas sentarte a la derecha con ellos, pero tus deficiencias son muchas. Pero serás purificado de tus deficiencias; y todos los que no están dados a la duda serán purificados de todas sus iniquidades hasta este día». Diciendo esto, quiso marcharse. Pero postrándome a sus pies, le supliqué por el Señor que me mostrase la visión que me había prometido mostrar. Y entonces volvió a tomarme de la mano, me levantó y me hizo sentar en el asiento a la izquierda; y alzando una espléndida vara, me dijo: «¿Ves algo grande?». Y yo

digo: «Señora, no veo nada». Me dijo: «He aquí, ¿no ves frente a ti una gran torre, edificada sobre las aguas, de espléndidas piedras cuadradas?». Pues la torre estaba siendo edificada en forma cuadrada por aquellos seis jóvenes que habían venido con ella. Pero miríadas de hombres acarreaban piedras para ella, unos arrastrándolas de las profundidades, otros sacándolas de la tierra, y las entregaban a aquellos seis jóvenes. Estos las tomaban y edificaban; y aquellas piedras que eran arrastradas de las profundidades las colocaban en el edificio tal como estaban, pues estaban pulidas y encajaban exactamente con las otras piedras, y quedaban tan unidas unas con otras que las líneas de juntura no podían percibirse. Y de este modo el edificio de la torre parecía como si estuviera hecho de una sola piedra. Aquellas piedras, sin embargo, que eran sacadas de la tierra tuvieron distinta suerte; pues los jóvenes rechazaron algunas de ellas, otras las encajaron en el edificio y otras las cortaron y las arrojaron lejos de la torre. Muchas otras piedras yacían alrededor de la torre, y los jóvenes no las usaban en la construcción; pues unas eran rugosas, otras tenían grietas, otras habían quedado demasiado cortas, y otras eran blancas y redondas pero no encajaban en el edificio de la torre. Además, vi otras piedras arrojadas lejos de la torre que caían en el camino público; sin embargo, no permanecían en el camino, sino que rodaban hacia un lugar sin senderos. Y vi otras que caían al fuego y ardían, y otras que caían cerca del agua y sin embargo no podían rodar hasta ella, aunque deseaban hacerlo y entrar en el agua.

CAPÍTULO III

Al mostrarme estas visiones, quiso retirarse. Le dije: «¿De qué me sirve haber visto todo esto si no sé lo que significa?». Me dijo: «Eres un hombre astuto, que desea saberlo todo acerca de la torre». «Así es, oh Señora», dije yo, «para poder contárselo a mis hermanos, a fin de que, al oírlo, conozcan al Señor con mucha gloria». Y ella dijo: «Muchos lo oirán ciertamente, y al oír, algunos se alegrarán y otros llorarán. Pero aun estos, si oyen y se arrepienten, también se alegrarán. Escucha, pues, las parábolas de la torre; pues te

lo revelaré todo, y no me des más molestias respecto a la revelación, pues estas revelaciones tienen un fin, ya que han sido completadas. Pero no cesarás de pedir revelaciones en oración, pues eres descarado. La torre que ves edificarse soy yo misma, la Iglesia, que me he aparecido a ti ahora y en la ocasión anterior. Pregunta, pues, lo que quieras acerca de la torre, y te lo revelaré, para que te alegres con los santos». Le dije: «Señora, puesto que te has dignado revelármelo todo de una vez, revélamelo». Me dijo: «Lo que debe ser revelado será revelado; solo que tu corazón esté con Dios, y no dudes de nada de lo que veas».

Le pregunté: «¿Por qué fue edificada la torre sobre las aguas, oh Señora?». Ella respondió: «Ya te lo dije antes, y sigues preguntando con cuidado: pues preguntando encontrarás la verdad. Escucha, pues, por qué la torre está edificada sobre las aguas. Es porque vuestra vida ha sido y será salvada por el agua. Pues la torre fue fundada sobre la palabra del nombre omnipotente y glorioso, y es sostenida por el invisible poder del Señor».

CAPÍTULO IV

En respuesta le dije: «Esto es magnífico y maravilloso. Pero ¿quiénes son los seis jóvenes que se ocupan de la construcción?». Y ella dijo: «Estos son los santos ángeles de Dios, que fueron creados los primeros, y a quienes el Señor entregó toda su creación, para que la hicieran crecer y edificaran y gobernarán sobre toda la creación. Por estos será terminado el edificio de la torre». «Pero ¿quiénes son las demás personas que se ocupan de acarrear las piedras?». «Estos también son santos ángeles del Señor, pero los seis primeros son más excelentes que estos. El edificio de la torre será terminado, y todos se regocijarán juntos en torno a la torre, y glorificarán a Dios porque la torre ha sido terminada». Le pregunté, diciéndole: «Señora, me gustaría saber qué fue de las piedras y qué significaban los diversos tipos de piedras». En respuesta me dijo: «No porque seas más digno que todos los demás merece esta revelación ser hecha —pues hay otros antes de ti, y mejores que tú, a quienes deberían haberse revelado estas visiones—, sino

para que el nombre de Dios sea glorificado ha sido hecha la revelación a ti, y se hará a causa de los que dudan y reflexionan en sus corazones si estas cosas serán o no. Diles que todas estas cosas son verdaderas y que ninguna de ellas está más allá de la verdad. Todas ellas son firmes y seguras, y establecidas sobre un cimiento sólido».

CAPÍTULO V

«Escucha ahora respecto a las piedras que están en el edificio. Aquellas piedras blancas cuadradas que encajaban exactamente unas con otras son los apóstoles, los obispos, los maestros y los diáconos, que han vivido en pura piedad y han actuado como obispos, maestros y diáconos con castidad y reverencia para con los elegidos de Dios. Algunos de ellos han dormido ya, y otros permanecen aún con vida. Y siempre estuvieron de acuerdo entre sí y en paz unos con otros, y se escucharon mutuamente. Por esto encajan exactamente en el edificio de la torre». «Pero ¿quiénes son las piedras que fueron arrastradas de las profundidades y fueron colocadas en el edificio y encajadas con el resto de las piedras ya puestas en la torre?». «Son los que sufrieron por causa del Señor». «Pero deseo saber, oh Señora, quiénes son las otras piedras que fueron sacadas de la tierra». «Las que», dijo ella, «entran en el edificio sin estar pulidas son las que Dios ha aprobado, pues caminaron por los caminos rectos del Señor y practicaron sus mandamientos». «¿Pero quiénes son los que están siendo llevados y colocados en el edificio?». «Son los que son jóvenes en la fe y son fieles. Pero son amonestados por los ángeles a hacer el bien, pues no se ha hallado iniquidad en ellos». «¿Quiénes son, pues, los que rechazaron y arrojaron lejos?». «Son los que han pecado y desean arrepentirse. Por esto no han sido arrojados lejos de la torre, porque todavía serán útiles en el edificio si se arrepienten. Los que, pues, han de arrepentirse, si se arrepienten ahora, serán fuertes en la fe si se arrepienten ahora mientras se construye la torre. Pues si el edificio se termina, ya no habrá lugar para nadie, sino que será rechazado. Este privile-

gio, sin embargo, corresponderá solo a quien haya sido colocado ya cerca de la torre».

CAPÍTULO VI

«En cuanto a los que fueron cortados y arrojados lejos de la torre, ¿deseas saber quiénes son? Son los hijos de la iniquidad, que creyeron con hipocresía, y la maldad no se apartó de ellos. Por esta razón no son salvos, puesto que no pueden ser usados en el edificio a causa de sus iniquidades. Por eso han sido cortados y arrojados lejos a causa de la ira del Señor, pues le han provocado a ira. Pero te explicaré las otras piedras que viste yaciendo en gran número y sin entrar en el edificio. Las que son rugosas son las que han conocido la verdad y no han permanecido en ella, ni se han unido a los santos. Por esto son inservibles». «¿Quiénes son las que tienen grietas?». «Estas son los que están en discordia en sus corazones unos con otros, y no están en paz entre sí: guardan la paz en presencia de los demás, pero cuando se separan unos de otros, sus malvados pensamientos permanecen en sus corazones. Estas son, pues, las grietas que hay en las piedras. Las que están acortadas son las que han creído ciertamente y tienen la mayor parte de justicia; sin embargo, tienen también una parte considerable de iniquidad, y por eso están acortadas y no son enteras». «¿Pero quiénes son estas, Señora, que son blancas y redondas y sin embargo no encajan en el edificio de la torre?». Ella respondió y dijo: «¿Hasta cuándo seréis necios y estúpidos, y seguiréis haciendo todo tipo de preguntas sin entender nada? Estos son los que tienen fe ciertamente, pero también tienen las riquezas de este mundo. Cuando, por tanto, viene la tribulación, a causa de sus riquezas y sus negocios reniegan del Señor». Respondí y le dije: «¿Cuándo serán, pues, útiles para el edificio, Señora?». «Cuando las riquezas que ahora los seducen sean recortadas, entonces serán de utilidad para Dios. Pues así como una piedra redonda no puede hacerse cuadrada a menos que se corten y arrojen partes de ella, así también los que son ricos en este mundo no pueden ser útiles al Señor a menos que sus riquezas sean reducidas. Aprende esto primero de tu

propio caso. Cuando eras rico, eras inútil; pero ahora eres útil y apto para la vida. Sed útiles a Dios; pues también vosotros seréis empleados como una de estas piedras».

CAPÍTULO VII

«Ahora bien, las otras piedras que viste arrojadas lejos de la torre y que caían en el camino público y rodaban de él hacia lugares sin senderos son las que han creído ciertamente, pero por la duda han abandonado el verdadero camino. Pensando, pues, que podían encontrar uno mejor, vagan y se hacen miserables, y entran en lugares sin senderos. Y las que cayeron al fuego y ardieron, ¿son las que se han apartado para siempre del Dios vivo? Ni siquiera el pensamiento del arrepentimiento les viene al corazón, a causa de su entrega a sus pasiones y a los crímenes que cometieron. ¿Deseas saber quiénes son las otras que cayeron cerca del agua pero no pudieron rodar hasta ella? Son los que oyeron la palabra y desean ser bautizados en el nombre del Señor; pero cuando la castidad que la verdad exige les viene a la memoria, retroceden y vuelven a caminar según sus propios deseos malvados». Dio fin a su exposición de la torre. Pero yo, todavía desvergonzado como era, le pregunté: «¿Es posible el arrepentimiento para todas aquellas piedras que han sido arrojadas lejos y no encajaron en el edificio de la torre, y tendrán aún un lugar en esta torre?». «El arrepentimiento», dijo ella, «es todavía posible, pero en esta torre no podrán encontrar un lugar adecuado. En otro lugar mucho más inferior serán colocadas, y eso también solo cuando hayan sido atormentadas y hayan cumplido los días de sus pecados. Y por este motivo serán trasladadas, porque han participado de la Palabra justa. Y solo entonces serán libradas de sus castigos cuando el pensamiento de arrepentirse de las malas acciones que han cometido les venga al corazón. Pero si no les viene al corazón, no serán salvadas, a causa de la dureza de su corazón».

CAPÍTULO VIII

Cuando hube cesado de preguntar acerca de todas estas cosas, ella me dijo: «¿Deseas ver algo más?». Y como tenía un vivo deseo de ver algo más, mi semblante resplandeció de alegría. Ella me miró con una sonrisa y dijo: «¿Ves siete mujeres en torno a la torre?». «Sí las veo, Señora», dije yo. «Esta torre», dijo ella, «es sostenida por ellas según el precepto del Señor. Escucha ahora sus funciones. La primera de ellas, que está juntando las manos, se llama Fe. Por ella son salvados los elegidos de Dios. La otra, que tiene las vestiduras recogidas y actúa con vigor, se llama Continencia. Es hija de la Fe. Quien la siga, pues, será feliz en su vida, porque se retendrá de todas las obras malas, creyendo que, si se retiene de todo deseo malvado, heredará la vida eterna». «Pero las otras», dije yo, «oh Señora, ¿quiénes son?». Y ella me dijo: «Son hijas unas de otras. Una de ellas se llama Sencillez, otra Ingenuidad, otra Castidad, otra Inteligencia, otra Amor. Cuando hagas, pues, todas las obras de su madre, podrás vivir». «Me gustaría saber», dije yo, «oh Señora, qué poder tiene cada una». «Escucha», dijo ella, «qué poder tienen. Sus poderes se regulan mutuamente y se siguen unos a otros en el orden de su nacimiento. Pues de la Fe nace la Continencia; de la Continencia, la Sencillez; de la Sencillez, la Ingenuidad; de la Ingenuidad, la Castidad; de la Castidad, la Inteligencia; y de la Inteligencia, el Amor. Las obras de estas, pues, son puras, castas y divinas. Quien se consagre a estas y sea capaz de aferrarse a sus obras, tendrá su morada en la torre junto a los santos de Dios». Entonces le pregunté acerca de las edades, si ahora llega la consumación. Ella exclamó con voz fuerte: «¡Hombre necio! ¿No ves que la torre está aún en construcción? Cuando la torre esté terminada y edificada, llegará el fin; y os aseguro que pronto estará terminada. No me hagas más preguntas. Que vosotros y todos los santos os contentéis con lo que he traído a vuestra memoria y con mi renovación de vuestros espíritus.

»Pero observad que no solo por vuestro bien han sido hechas estas revelaciones a vosotros, sino que os han sido dadas para que las mostréis a todos.

»Pues dentro de tres días —esto lo tendréis cuidado de recordar— os mando proclamar todas las palabras que voy a deciros a los oídos de los santos, para que, oyéndolas y poniéndolas en práctica, sean purificados de sus iniquidades, y vosotros junto con ellos».

CAPÍTULO IX

«Escuchadme, oh hijos: os he criado en mucha sencillez, ingenuidad y castidad, a causa de la misericordia del Señor, que ha derramado su justicia sobre vosotros, para que seáis hechos justos y santos de toda vuestra iniquidad y depravación; pero vosotros no queréis descansar de vuestra iniquidad. Escuchadme, pues, ahora, y estad en paz unos con otros, y visitaos mutuamente, y sobrellevad las cargas los unos de los otros, y no participéis solos de las criaturas de Dios, sino dad abundantemente de ellas a los necesitados. Pues algunos, a causa de la abundancia de sus alimentos, producen debilidad en su carne y corrompen así su carne; mientras que la carne de otros que no tienen alimento se corrompe porque no tienen sustento suficiente. Y por esto sus cuerpos se consumen. Esta intemperancia en el comer os perjudica así a vosotros que tenéis abundancia y no distribuís entre los necesitados. Prestad atención al juicio que ha de venir. Vosotros, pues, los que ocupáis posiciones elevadas, buscad a los hambrientos mientras la torre no esté aún terminada; pues una vez terminada la torre, querréis hacer el bien y no encontraréis oportunidad. Prestad atención, pues, vosotros los que os gloriáis en vuestras riquezas, no sea que los necesitados giman y sus gemidos suban al Señor y quedéis excluidos con todos vuestros bienes más allá de la puerta de la torre. Por esto os digo ahora a vosotros que presidís la Iglesia y amáis los primeros asientos: "No seáis como los mezcladores de venenos. Pues los mezcladores de venenos llevan sus venenos en cajitas, pero vosotros lleváis vuestro veneno y ponzoña en el corazón. Sois endurecidos y no queréis purificar vuestros corazones ni añadir unidad de propósito a la pureza de corazón, para que tengáis misericordia del gran Rey. Tened cuidado, pues, hijos, que estas disensiones vuestras no os priven de vuestra

vida. ¿Cómo instruiréis a los elegidos del Señor si vosotros mismos no tenéis instrucción? Instruyos, pues, mutuamente y estad en paz entre vosotros, para que yo también, de pie y gozosa ante vuestro Padre, pueda dar cuenta de todos vosotros a vuestro Señor"».

CAPÍTULO X

Al cesar ella de hablarme, aquellos seis jóvenes que se ocupaban de la construcción vinieron y la llevaron a la torre, y otros cuatro levantaron el asiento y lo llevaron también a la torre. Las caras de estos últimos no las vi, pues estaban vueltas de espaldas a mí. Y mientras se iba, le pedí que me revelase el significado de las tres formas bajo las que se me había aparecido. En respuesta me dijo: «Con respecto a ellas, debes pedirle a otro que te revele su significado». Pues se me había aparecido, hermanos, en la primera visión del año anterior bajo la forma de una mujer muy anciana, sentada en un asiento. En la segunda visión su rostro era juvenil, pero su piel y su cabello denotaban ancianidad, y estaba de pie mientras me hablaba. Estaba también más alegre que en la primera ocasión. Pero en la tercera visión era del todo joven y de exquisita belleza, excepto solo por tener el cabello de una mujer anciana; pero su rostro irradiaba alegría y estaba sentada en un asiento. Ahora bien, yo estaba sumamente triste con motivo de estas apariciones, pues deseaba mucho saber qué significaban las visiones. Entonces veo a la anciana en una visión nocturna que me decía: «Toda oración debe ir acompañada de humildad: ayuna, pues, y obtendrás del Señor lo que pides». Ayuné, pues, un día.

Aquella misma noche se me apareció un joven que dijo: «¿Por qué pides revelaciones con tanta frecuencia en la oración? Ten cuidado de no hacerte daño en la carne con tanto pedir; conténtate con estas revelaciones. ¿Acaso podrás ver revelaciones mayores que las que has visto?». Respondí y le dije: «Señor, una sola cosa pido: que respecto a estas tres formas la revelación quede completa». Me respondió: «¿Cuánto tiempo seguiréis siendo insensatos? Pero vuestras dudas os hacen insensatos, porque no tenéis el

corazón vuelto hacia el Señor». Mas yo respondí y le dije: «De vos, señor, aprenderemos estas cosas con mayor precisión».

CAPÍTULO XI

«Escucha, pues», dijo él, «respecto a las tres formas acerca de las cuales preguntas. ¿Por qué en la primera visión se te apareció como una anciana sentada en un asiento? Porque tu espíritu es ahora viejo y marchito, y ha perdido su poder a causa de tus enfermedades y dudas. Pues como las personas de edad avanzada que no tienen esperanza de renovar sus fuerzas y no esperan sino su último sueño, así vosotros, debilitados por los asuntos mundanos, os habéis entregado a la pereza y no habéis echado vuestras preocupaciones sobre el Señor. Vuestro espíritu, pues, está quebrantado y os habéis envejecido en vuestras tristezas». «Me gustaría saber, pues, señor, por qué estaba sentada en un asiento». Él respondió: «Porque toda persona débil se sienta en un asiento a causa de su debilidad, para que su debilidad sea sostenida. He ahí la forma de la primera visión».

CAPÍTULO XII

«Ahora bien, en la segunda visión la viste de pie con semblante juvenil y más alegre que antes; sin embargo, tenía la piel y el cabello de una mujer envejecida. Escucha», dijo él, «también esta parábola. Cuando alguien envejece algo, se desespera de sí mismo a causa de su debilidad y pobreza, y no espera sino el último día de su vida. De repente le es dejada una herencia; y al oírlo, se levanta y, llenándose de alegría, se reviste de fuerza. Y ya no se recuesta, sino que se pone en pie; y su espíritu, ya destruido por sus

acciones anteriores, se renueva, y ya no se sienta, sino que actúa con vigor. Así os ocurrió a vosotros al oír la revelación que Dios os dio. Pues el Señor se compadeció de vosotros y renovó vuestro espíritu, y dejasteis a un lado vuestras enfermedades. El vigor surgió en vosotros y os fortalecisteis en la fe; y el Señor, viendo vuestra fortaleza, se regocijó. Por esto os mostró la construcción de la torre; y os mostrará otras cosas, si permanecéis en paz unos con otros de todo corazón».

CAPÍTULO XIII

«Ahora bien, en la tercera visión la viste todavía más joven, y era noble y alegre, y su figura era hermosa. Pues así como cuando una buena noticia llega de repente a alguien que está triste, inmediatamente olvida sus tristezas anteriores y no espera otra cosa sino la buena noticia que ha oído, y para el futuro queda fortalecido para el bien y su espíritu se renueva a causa de la alegría que ha recibido; así también vosotros habéis recibido la renovación de vuestros espíritus al contemplar estas cosas buenas. En cuanto a que la vieras sentada en un asiento, eso significa que su posición es de firmeza, pues un asiento tiene cuatro patas y se mantiene firme. Pues también el mundo es sustentado por medio de cuatro elementos. Los que, por tanto, se arrepientan completamente y de todo corazón, se volverán jóvenes y firmemente establecidos. Ahora tenéis la revelación dada completamente. No hagáis más demandas de revelaciones. Si algo debe ser revelado, os será revelado».

CUARTA VISIÓN

SOBRE LA PRUEBA Y LA TRIBULACIÓN QUE HAN DE VENIR SOBRE LOS HOMBRES

CAPÍTULO I

Veinte días después de la visión anterior vi otra visión, hermanos: una representación de la tribulación que ha de venir. Iba hacia una casa de campo por el camino de la Campania. La casa distaba unas diez estadios del camino real. Es un distrito que raramente se recorre. Y mientras caminaba solo, oraba al Señor para que completase las revelaciones que me había hecho por medio de su santa Iglesia, para que me fortaleciera y diera arrepentimiento a todos sus siervos que andaban extraviados, a fin de que su nombre grande y glorioso fuera glorificado porque se dignó mostrarme sus maravillas. Y mientras lo glorificaba y le daba gracias, una voz, por así decir, me respondió: «No dudes, Hermas»; y comencé a pensar para mis adentros y a decirme: «¿Qué razón tengo para dudar yo, que he sido establecido por el Señor y he contemplado visiones tan gloriosas?». Avancé un poco, hermanos, y he aquí que veo levantarse polvo hasta los cielos. Comencé a decirme: «¿Se acerca ganado levantando el polvo?». Distaba de mí como un estadio. Y he aquí que veo el polvo levantarse cada vez más, tanto que imaginé que era algo enviado por Dios. Pero el sol brilló un poco, y he aquí que veo una bestia poderosa como una ballena, y de su boca salían langostas de fuego. Pero el tamaño de aquella bestia era de unas cien codos, y tenía una cabeza como una urna. Comencé a llorar y a invocar al Señor para que me librara de ella. Entonces recordé la palabra que había oído: «No

dudes, oh Hermas». Revestido, pues, hermanos míos, de la fe en el Señor, y recordando las grandes cosas que me había enseñado, hice frente audazmente a la bestia. Ahora bien, aquella bestia se acercó con tal estruendo y fuerza que ella sola podría haber destruido una ciudad. Me aproximé a ella, y la bestia monstruosa se extendió en el suelo y no mostró sino su lengua, y no se movió en absoluto hasta que hube pasado junto a ella. La bestia tenía cuatro colores en su cabeza: negro, luego de fuego y sangre, luego dorado y, por último, blanco.

CAPÍTULO II

Después de haber pasado junto a la bestia salvaje y haberme alejado unos treinta pies, he aquí que me sale al encuentro una virgen, adornada como si saliera del tálamo nupcial, vestida enteramente de blanco, con sandalias blancas, velada hasta la frente y con la cabeza cubierta por un capuchón. Y tenía el cabello blanco. Por mis visiones anteriores reconocí que era la Iglesia, y me alegré más. Ella me saludó y dijo: «¡Salve, hombre!». Y yo le devolví el saludo y dije: «¡Señora, salve!». Y ella respondió y me dijo: «¿No te has cruzado con nada en el camino?». Digo: «Me salió al encuentro una bestia de tal tamaño que podría destruir pueblos, pero por el poder del Señor y su gran misericordia escapé de ella». «Bien escapaste de ella», dice ella, «porque echaste tu preocupación sobre Dios y abriste tu corazón al Señor, creyendo que no puedes ser salvo por nadie sino por su nombre grande y glorioso. Por esto el Señor ha enviado a su ángel, que tiene dominio sobre las bestias y cuyo nombre es Tegri, y le ha cerrado la boca para que no pueda desgarrarte. Has escapado de una gran tribulación a causa de tu fe y porque no dudaste ante semejante bestia. Ve, pues, y cuéntales a los elegidos del Señor sus poderosas obras, y diles que esta bestia es figura de la gran tribulación que se avecina. Si os preparáis, pues, y os arrepentís de todo corazón y os volvéis al Señor, os será posible escapar de ella, si vuestro corazón es puro e inmaculado y pasáis el resto de los días de vuestra vida sirviendo al Señor sin tacha. Echad vuestras preocupaciones sobre el

Señor y Él las encaminará. Confíad en el Señor, vosotros los que dudáis, pues Él es omnipotente y puede apartar su ira de vosotros y enviar azotes sobre los que dudan. ¡Ay de los que oigan estas palabras y las desprecien: mejor les hubiera sido no haber nacido!».

CAPÍTULO III

Le pregunté acerca de los cuatro colores que la bestia tenía en su cabeza. Y ella respondió y me dijo: «De nuevo eres curioso respecto a tales asuntos». «Sí, Señora», dije yo, «dadme a conocer qué son». «Escucha», dijo ella: «lo negro es el mundo en que habitamos; pero lo de fuego y sangre indica que el mundo debe perecer por la sangre y el fuego; la parte dorada sois vosotros los que habéis huido de este mundo. Pues así como el oro es probado por el fuego y se vuelve así útil, así también vosotros sois probados los que habitáis en él. Los que, pues, permanezcan firmes y sean pasados por el fuego serán purificados por medio de él. Pues así como el oro deja su escoria, así también vosotros dejaréis toda tristeza y angustia, y seréis hechos puros para encajar en el edificio de la torre. Pero la parte blanca es la edad por venir, en la que habitarán los elegidos de Dios, pues los elegidos por Dios para la vida eterna serán inmaculados y puros. Por tanto, no ceses de decir estas cosas a los oídos de los santos. Este es, pues, el tipo de la gran tribulación que ha de venir. Si lo deseáis, no será nada. Recordad las cosas que fueron escritas antes». Y diciendo esto, se marchó. Mas no vi adónde se retiró. Se oyó un ruido, sin embargo, y me volví alarmado, pensando que aquella bestia se acercaba.

QUINTA VISIÓN

SOBRE LOS MANDAMIENTOS

Después de haber orado en casa y haberme sentado en mi lecho, entró un hombre de aspecto glorioso, vestido como un pastor, con una piel blanca de cabra, una alforja al hombro y un cayado en la mano, y me saludó. Le devolví el saludo. Y al instante se sentó junto a mí y me dijo: «He sido enviado por un ángel muy venerable para vivir contigo los días que te restan de vida». Y yo pensé que había venido a tentarme, y le dije: «¿Quién eres tú? Pues conozco a aquel a quien me he sido encomendado». Me dijo: «¿No me reconoces?». «No», dije yo. «Yo», dijo él, «soy aquel pastor a quien has sido encomendado». Y mientras hablaba, su figura cambió; y entonces supe que era él a quien había sido encomendado. Y al instante me turbé, y el temor se apoderó de mí, y quedé abrumado de profunda tristeza por haberle respondido de manera tan malvada y necia. Pero él respondió y me dijo: «No te confundas, sino recibe fortaleza de los mandamientos que voy a darte. Pues he sido enviado», dijo él, «para mostrarte de nuevo todas las cosas que viste antes, especialmente las que te son útiles. En primer lugar, pues, escribe mis mandamientos y parábolas, y escribirás las otras cosas tal como te las vaya mostrando. Con este fin», dijo él, «te mando que escribas primero los mandamientos y las parábolas, para que puedas leerlos fácilmente y ser capaz de guardarlos». Escribí, pues, los mandamientos y las parábolas, exactamente tal como me había ordenado. Si vosotros, después de oírlos, los guardáis y camináis en ellos y los ponéis en práctica con corazones puros, recibiréis del Señor todo lo que os ha prometido. Pero si, después de haberlos oído, no os arrepentís sino que seguís añadiendo a vuestros pecados, recibiréis del Señor lo contrario. Todas estas palabras las mandó escribir el Pastor, esto es, el ángel del arrepentimiento.

LIBRO II — LOS MANDAMIENTOS

PRIMER MANDAMIENTO

SOBRE LA FE EN DIOS

Ante todo, cree que hay un solo Dios que creó y perfeccionó todas las cosas, y que hizo todas las cosas de la nada. Él solo puede abarcar el todo, pero Él mismo no puede ser abarcado. Ten fe, pues, en Él, y témele; y temiéndole, practica el dominio de ti mismo. Guarda estos preceptos y apartarás de ti toda maldad, y te revestirás de la fortaleza de la justicia, y vivirás para Dios, si guardas este mandamiento.

SEGUNDO MANDAMIENTO

SOBRE EVITAR LA MALEDICENCIA Y SOBRE DAR LIMOSNA CON SENCILLEZ

Me dijo: «Sé sencillo e ingenuo, y serás como los niños que no conocen la maldad que arruina la vida de los hombres. Ante todo, pues, no hables mal de nadie, ni escuches con agrado a quien hable mal de otro. Pero si escuchas, participarás del pecado de quien habla mal, si das crédito a la calumnia que oyes; pues creyéndola, también tendrás algo que decir contra tu hermano. Así, pues, serás culpable del pecado de quien calumnia. Porque la calumnia es un mal y un demonio inconstante. Nunca permanece en paz, sino que siempre está en discordia. Guárdate de ella y estarás siempre en paz con todos. Revístete de una santidad en la que no haya causa malvada de escándalo, sino solo obras equilibradas y alegres. Practica la bondad; y de las recompensas de tu trabajo, que Dios te da, da a todos los necesitados con sencillez, sin dudar a quién dar y a quién no. Da a todos, pues Dios quiere que sus dones sean repartidos entre todos. Los que reciban rendirán cuenta a Dios del por qué y para qué han recibido. Pues los afligidos que reciben no serán condenados, pero los que reciben con pretextos falsos sufrirán castigo. El que da, pues, es irreprochable. Porque así como recibió del Señor, ha cumplido su servicio con sencillez, sin dudar a quién dar y a quién no. Este servicio, pues, si se cumple con sencillez, es glorioso ante Dios. El que, por tanto, sirve así con sencillez, vivirá para Dios. Guarda, pues, estos mandamientos tal como te los he dado, para que tu arrepen-

timiento y el arrepentimiento de tu casa sean hallados en sencillez, y tu corazón sea puro e inmaculado».

TERCER MANDAMIENTO

SOBRE EVITAR LA MENTIRA Y SOBRE EL ARREPENTIMIENTO DE HERMAS POR SU DISIMULO

De nuevo me dijo: «Ama la verdad, y que de tu boca no salga sino verdad, para que el espíritu que Dios ha puesto en tu carne sea hallado veraz ante todos los hombres; y el Señor, que mora en ti, sea glorificado, porque el Señor es veraz en toda palabra y en Él no hay falsedad. Los que mienten, pues, niegan al Señor y le roban, sin devolverle el depósito que han recibido. Pues recibieron de Él un espíritu libre de falsedad. Si le devuelven ese espíritu mentiroso, contaminan el mandamiento del Señor y se convierten en ladrones». Al oír estas palabras, lloré con gran violencia. Cuando me vio llorar, me dijo: «¿Por qué lloras?». Y yo dije: «Porque, señor, no sé si puedo ser salvo». «¿Por qué?», dijo él. Y yo dije: «Porque, señor, jamás pronuncié en mi vida una palabra verdadera, sino que siempre hablé con astucia a todos, y afirmé la mentira como verdad ante todos; y nadie me contradijo jamás, sino que se dio crédito a mis palabras. ¿Cómo podré vivir, entonces, habiendo actuado así?». Y él me dijo: «Tus sentimientos son ciertamente rectos y sanos, pues debías, como siervo de Dios, haber caminado en la verdad, y no haber unido una conciencia malvada al espíritu de verdad, ni

haber causado tristeza al Espíritu santo y veraz. Y yo le dije: «Jamás, señor, escuché estas palabras con tanta atención». Y él me dijo: «Ahora las escuchas; guárdalas, de modo que incluso las mentiras que dijiste antes en tus asuntos lleguen a ser creídas gracias a la veracidad de tus afirmaciones presentes. Pues incluso estas pueden llegar a ser dignas de crédito. Si guardas estos preceptos y de ahora en adelante no dices sino la verdad, te será posible alcanzar la vida. Y todo el que oiga este mandamiento y se aparte de esa gran maldad que es la mentira, vivirá para Dios».

CUARTO MANDAMIENTO

SOBRE REPUDIAR A LA PROPIA ESPOSA EN CASO DE ADULTERIO

CAPÍTULO I

«Te mando», dijo él, «que guardes tu castidad, y que ningún pensamiento entre en tu corazón acerca de la mujer de otro, ni de la fornicación, ni de iniquidades semejantes; pues haciendo esto cometes un gran pecado. Pero si siempre tienes presente a tu propia esposa, nunca pecarás. Pues si este pensamiento entra en tu corazón, entonces pecarás; y si, de igual manera, tienes otros pensamientos malvados, cometes pecado. Pues este pensamiento es gran pecado en un siervo de Dios. Pero si alguno comete esta mala acción,

se labra la muerte para sí mismo. Atiende, pues, y refrénate de este pensamiento; porque donde mora la pureza, la iniquidad no debe entrar en el corazón de un hombre justo». Le dije: «Señor, permíteme hacerte algunas preguntas». «Di», dijo él. Y le dije: «Señor, si alguno tiene una esposa que confía en el Señor, y la sorprende en adulterio, ¿peca el hombre si sigue viviendo con ella?». Y él me dijo: «Mientras permanezca ignorante de su pecado, el marido no comete transgresión alguna viviendo con ella. Pero si el marido sabe que su esposa ha andado en malos pasos, y la mujer no se arrepiente sino que persiste en su fornicación, y el marido sigue viviendo con ella, también él es culpable de su crimen y cómplice de su adulterio». Y yo le dije: «¿Qué debe hacer entonces el marido, señor, si la esposa persiste en sus malas costumbres?». Y él dijo: «El marido debe repudiarla y quedarse solo. Pero si repudia a su esposa y se casa con otra, también él comete adulterio». Y yo le dije: «¿Y si la mujer repudiada se arrepintiera y quisiera volver con su marido: no debe el marido acogerla de nuevo?». Y él me dijo: «Sin duda. Si el marido no la acoge de nuevo, peca y se atrae un gran pecado; pues debe acoger de nuevo a quien ha pecado y se ha arrepentido. Pero no con frecuencia. Pues no hay sino un solo arrepentimiento para los siervos de Dios. Por tanto, para el caso de que la esposa repudiada se arrepienta, el marido no debe casarse con otra mientras su esposa haya sido repudiada. En este asunto el hombre y la mujer deben ser tratados exactamente de la misma manera. Por lo demás, el adulterio no lo cometen solo los que contaminan su carne, sino también los que imitan a los paganos en sus obras». Por tanto, si alguno persiste en tales acciones y no se arrepiente, apártate de él y deja de convivir con él. De lo contrario eres cómplice de su pecado. Por eso se os ha impuesto el precepto de que permanezcáis solos, tanto el hombre como la mujer, porque en tales personas puede tener lugar el arrepentimiento. Pero yo no», dijo él, «doy ocasión para que se cometan estas acciones, sino para que quien haya pecado no peque más. En cuanto a sus transgresiones anteriores, hay Uno que puede proveer remedio; pues es Él, en efecto, quien tiene poder sobre todo».

CAPÍTULO II

Le pregunté de nuevo y dije: «Puesto que el Señor se ha dignado morar siempre conmigo, escúchame mientras digo unas pocas palabras; pues no entiendo nada, y mi corazón se ha endurecido por mi anterior modo de vida. Dame entendimiento, pues soy sumamente torpe y no entiendo absolutamente nada». Y él respondió y me dijo: «Estoy puesto sobre el arrepentimiento, y doy entendimiento a todos los que se arrepienten. ¿No te parece», dijo, «que es gran sabiduría arrepentirse? Porque el arrepentimiento es gran sabiduría. Pues el que ha pecado comprende que obró mal a los ojos del Señor, y recuerda las acciones que ha cometido, y se arrepiente, y ya no obra mal, sino que hace el bien con largueza, y humilla y atormenta su alma porque ha pecado. Ves, pues, que el arrepentimiento es gran sabiduría». Y yo le dije: «Por esto, señor, indago cuidadosamente todas las cosas, especialmente porque soy pecador; para saber qué obras debo hacer a fin de vivir, pues mis pecados son muchos y variados». Y él me dijo: «Vivirás si guardas mis mandamientos y caminas en ellos; y todo el que oiga y guarde estos mandamientos vivirá para Dios».

CAPÍTULO III

Y le dije: «Me gustaría continuar con mis preguntas». «Di», dijo él. Y yo dije: «Oí, señor, a algunos maestros sostener que no hay más arrepentimiento que el que tiene lugar cuando descendemos al agua y recibimos la remisión de nuestros pecados anteriores». Él me dijo: «Esa era una sana doctrina la que oíste; pues así es en realidad. Porque el que ha recibido remisión de sus pecados no debe pecar más, sino vivir en pureza. Sin embargo, puesto que indagas diligentemente todas las cosas, también esto te señalaré, sin dar con ello ocasión de error a los que han de creer o han creí-

do recientemente en el Señor. Porque los que ahora han creído y los que han de creer no tienen arrepentimiento para sus pecados, sino que tienen remisión de sus pecados anteriores. A los que fueron llamados antes de estos días, el Señor les concedió el arrepentimiento. Pues el Señor, que conoce los corazones y que todo lo conoce de antemano, conoció la debilidad de los hombres y las múltiples astucias del diablo, que infligiría algún mal a los siervos de Dios y obraría maliciosamente contra ellos. El Señor, por tanto, siendo misericordioso, se apiadó de la obra de sus manos y estableció el arrepentimiento para ellos; y a mí me confió el poder sobre este arrepentimiento. Por eso te digo que si alguno es tentado por el diablo y peca después de aquella gran y santa vocación con que el Señor ha llamado a su pueblo a la vida eterna, tiene oportunidad de arrepentirse una sola vez. Pero si peca con frecuencia después de esto y luego se arrepiente, a tal hombre su arrepentimiento no le aprovechará; pues con dificultad vivirá». Y yo dije: «Señor, siento que la vida ha vuelto a mí al escuchar con atención estos mandamientos; pues sé que seré salvo si en adelante no peco más». Y él dijo: «Serás salvo tú y todos los que guarden estos mandamientos».

CAPÍTULO IV

Y de nuevo le pregunté, diciendo: «Señor, puesto que has tenido tanta paciencia en escucharme, ¿me mostrarás también esto?». «Di», dijo él. Y yo dije: «Si muere una esposa o un esposo, y el viudo o la viuda se casa de nuevo, ¿comete pecado?». «No hay pecado en volver a casarse», dijo él; «pero si permanecen sin casarse, se granjean mayor honor y gloria ante el Señor; sin embargo, si se casan, no pecan. Guarda, pues, tu castidad y pureza, y vivirás para Dios. Los mandamientos que ahora te doy, y los que aún he de darte, guárdalos desde ahora, sí, desde el mismo día en que me fuiste encomendado, y moraré en tu casa. Y tus pecados anteriores te serán perdonados si guardas mis mandamientos. Y a todos les será perdonado si guardan estos mis mandamientos y caminan en esta castidad».

QUINTO MANDAMIENTO

SOBRE LA TRISTEZA DE CORAZÓN Y SOBRE LA PACIENCIA

CAPÍTULO I

«Sé paciente», dijo él, «y de buen entendimiento, y dominarás toda obra malvada y obrarás toda justicia. Porque si eres paciente, el Espíritu Santo que mora en ti será puro. No será oscurecido por ningún espíritu malvado, sino que, morando en un lugar amplio, se regocijará y estará alegre; y junto con el vaso en que mora, servirá a Dios con alegría, teniendo en sí mismo una gran paz. Pero si tiene lugar algún arrebató de ira, al instante el Espíritu Santo, que es tierno, se ve oprimido, pues no tiene un lugar puro, y busca marcharse. Porque lo ahoga el espíritu vil y no puede atender al Señor como desea, pues la ira lo contamina. Pues el Señor mora en la paciencia, pero el diablo en la ira. Los dos espíritus, pues, cuando moran en la misma morada, están en discordia el uno con el otro y son una carga para aquel hombre en quien moran. Pues si se toma un trozo muy pequeño de ajenjo y se pone en un tarro de miel, ¿no queda la miel completamente arruinada, y ese trozo pequeñísimo de ajenjo no acaba completamente con la dulzura de la miel, de modo que ya no proporciona ningún placer a su dueño, sino que se ha vuelto amarga y ha perdido su utilidad? Pero si el ajenjo no se pone en la miel, entonces la miel permanece dulce y es de utilidad para su dueño. Ves, pues, que la paciencia es más dulce que la miel y útil para Dios, y el Señor mora en ella. Pero la ira es amarga e inútil. Ahora bien, si la ira se mezcla con la paciencia, la paciencia queda contaminada y su oración no es en-

tonces útil para Dios». «Me gustaría, señor», dije yo, «conocer el poder de la ira para guardarme de ella». Y él dijo: «Si no te guardas de ella, tú y tu casa perdéis toda esperanza de salvación. Guárdate, pues, de ella. Pues yo estoy contigo, y de ella se apartarán todos los que se arrepientan de todo corazón. Pues estaré con ellos y los salvaré a todos. Pues todos son justificados por el santísimo ángel».

CAPÍTULO II

«Escucha ahora», dijo él, «cuán malvada es la acción de la ira, y de qué manera derriba a los siervos de Dios con su acción y los aparta de la justicia. Pero no aparta a los que están llenos de fe, ni actúa sobre ellos, porque el poder del Señor está con ellos. A los irreflexivos y a los que dudan es a quienes aparta. Pues en cuanto ve a tales hombres mantenerse firmes, se lanza sobre sus corazones, y el hombre o la mujer se amarga sin motivo alguno a causa de sucesos de su vida cotidiana, como por ejemplo a causa de su comida, o de alguna palabra superflua que se ha pronunciado, o a causa de algún amigo, o de algún regalo o deuda, o de algún asunto tan insensato como estos. Pues todas estas cosas son necias, vacías e inútiles para los siervos de Dios. Pero la paciencia es grande, y poderosa, y fuerte, y serena en medio de una gran amplitud, alegre, gozosa, sin inquietud, glorificando a Dios en todo momento, sin amargura alguna, y permaneciendo continuamente mansa y tranquila. Esta paciencia mora con los que tienen la fe completa. Pero la ira es necia, e inconstante, e insensata. De la necedad nace la amargura, de la amargura la ira, y de la ira el frenesí. Este frenesí, fruto de tantos males, acaba en un pecado grande e incurable. Pues cuando todos estos espíritus moran en un mismo vaso en el que también mora el Espíritu Santo, el vaso no puede contenerlos, sino que se desborda. El tierno Espíritu, pues, no estando acostumbrado a morar con el espíritu malvado ni con la dureza, se aleja de tal hombre y busca morar con la mansedumbre y la paz. Entonces, cuando se aleja del hombre en que moraba, el hombre queda vacío del Espíritu justo; y siendo llenado en adelante de espíritus

malvados, está en completa anarquía en cada una de sus acciones, arrastrado de un lado a otro por los espíritus malvados, y hay una completa oscuridad en su mente respecto a todo lo que es bueno. Esto, pues, es lo que les ocurre a todos los iracundos. Apártate, por tanto, de ese espíritu malísimo que es la ira, y revístete de paciencia, y resiste a la ira y a la amargura, y te hallarás en compañía de la pureza que el Señor ama. Ten cuidado, pues, de no descuidar por azar este mandamiento; porque si obedeces este mandamiento, podrás guardar también todos los demás que he de darte. Sé fuerte, pues, en estos mandamientos, y revístete de poder, y que todos se revistan de poder, todos cuantos deseen caminar en ellos».

SEXTO MANDAMIENTO

CÓMO RECONOCER LOS DOS ESPÍRITUS QUE ACOMPañAN A CADA HOMBRE, Y CÓMO DISTINGUIR LAS SUGESTIONES DEL UNO DE LAS DEL OTRO

CAPÍTULO I

«Te di», dijo él, «instrucciones en el primer mandamiento para que atendieras a la fe, el temor y el dominio de ti mismo». «Así es, señor», dije

yo. Y él dijo: «Ahora deseo mostrarte los poderes de estos, para que sepas qué poder posee cada uno. Pues sus poderes son dobles y se refieren tanto a los justos como a los injustos. Confía, pues, en los justos, pero no pongas confianza en los injustos. Porque el camino de la justicia es recto, pero el de la injusticia es tortuoso. Camina, pues, por el camino recto y llano, y no prestes atención al tortuoso. Pues el camino tortuoso no tiene senderos transitables, sino muchos lugares sin camino y tropiezos, y es áspero y espinoso. Es perjudicial para quienes caminan por él. Pero los que caminan por el camino recto marchan sin tropiezos, porque no es ni áspero ni espinoso. Ves, pues, que es mejor caminar por este camino». «Deseo ir por este camino», dije yo. «Irás por él», dijo él; «y todo el que se vuelva al Señor de todo corazón caminará por él».

CAPÍTULO II

«Escucha ahora», dijo él, «en lo tocante a la fe. Hay dos ángeles con cada hombre: uno de justicia y otro de iniquidad». Y yo le dije: «¿Cómo, señor, he de conocer los poderes de estos, si ambos ángeles moran conmigo?». «Escucha», dijo él, «y compréndelos. El ángel de la justicia es delicado y modesto, manso y pacífico. Cuando, pues, sube a tu corazón, al instante te habla de justicia, pureza, castidad, contentamiento y de toda obra justa y gloriosa virtud. Cuando todas estas cosas suben a tu corazón, sabe que el ángel de la justicia está contigo. Estas son las obras del ángel de la justicia. Confía, pues, en él y en sus obras. Mira ahora las obras del ángel de la iniquidad. Ante todo, es iracundo, y amargo, y necio, y sus obras son malas y arruinan a los siervos de Dios. Cuando, pues, suba a tu corazón, conócelo por sus obras». Y yo le dije: «¿Cómo lo percibiré, señor? No lo sé». «Escucha y comprende», dijo él. «Cuando te venga la ira, o la aspereza, sabe que él está en ti; y sabrás que así es también cuando te asalte un anhelo de muchos negocios, y de los manjares más exquisitos, y de borracheras y de diversos lujos, y de cosas indebidas, y de un ansia por las mujeres, y de avaricia, y de soberbia, y de fanfarronería, y de todo lo semejante a esto.

Cuando estas cosas suban a tu corazón, sabe que el ángel de la iniquidad está en ti. Ahora que conoces sus obras, apártate de él y no le des confianza en nada, porque sus obras son malas e inútiles para los siervos de Dios. Estas son, pues, las acciones de ambos ángeles. Compréndelas y confía en el ángel de la justicia; pero apártate del ángel de la iniquidad, porque su enseñanza es mala en toda obra. Porque aunque un hombre sea sumamente fiel, y el pensamiento de este ángel suba a su corazón, ese hombre o esa mujer debe pecar. Por otro lado, sea un hombre o una mujer por siempre tan malo, si las obras del ángel de la justicia suben a su corazón, debe hacer algo bueno. Ves, por tanto, que es bueno seguir al ángel de la justicia y despedirse del ángel de la iniquidad.

»Este mandamiento muestra las obras de la fe, para que confíes en las obras del ángel de la justicia y, haciéndolas, vivas para Dios. Pero cree que las obras del ángel de la iniquidad son duras. Si te niegas a hacerlas, vivirás para Dios».

SÉPTIMO MANDAMIENTO

SOBRE TEMER A DIOS Y NO TEMER AL DIABLO

«Teme», dijo él, «al Señor y guarda sus mandamientos. Pues si guardas los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y cada una de tus acciones será incomparable. Porque temiendo al Señor harás todas las cosas bien. Este es el temor que debes tener para ser salvo. Pero no temas al diablo; pues temiendo al Señor tendrás dominio sobre el diablo, porque no hay

poder en él. Pero aquel en quien no hay poder no debe ser en modo alguno objeto de temor; sino Aquel en quien hay un poder glorioso es a quien verdaderamente hay que temer. Pues todo el que tiene poder debe ser temido; pero el que no tiene poder es despreciado por todos. Teme, pues, las obras del diablo, ya que son malvadas. Porque temiendo al Señor no harás estas obras, sino que te abstendrás de ellas. Pues los temores son de dos clases: si no deseas hacer lo que es malo, teme al Señor y no lo harás; pero, a su vez, si deseas hacer lo que es bueno, teme al Señor y lo harás. Por tanto, el temor del Señor es fuerte, y grande, y glorioso. Teme, pues, al Señor y vivirás para Él, y todos cuantos le teman y guarden sus mandamientos vivirán para Dios». «¿Por qué, señor», dije yo, «dijiste respecto a los que guardan sus mandamientos que vivirán para Dios?». «Porque», dice él, «toda la creación teme al Señor, pero no toda la creación guarda sus mandamientos. Solo los que temen al Señor y guardan sus mandamientos tienen vida con Dios; pero en cuanto a los que no guardan sus mandamientos, no hay vida en ellos».

OCTAVO MANDAMIENTO

DEBEMOS HUIR DE LO QUE ES MALO Y HACER LO QUE ES BUENO

«Te dije», dijo él, «que las criaturas de Dios son dobles, pues también el dominio de sí mismo es doble; porque en algunos casos hay que ejercer el dominio de sí mismo, y en otros no es necesario». «Dame a conocer, señor», digo yo, «en qué casos hay que ejercerlo y en cuáles no». «Restríngete re-

specto al mal y no lo hagas; pero no te restrinja respecto al bien, sino hazlo. Pues si te restringes en hacer el bien, cometerás un gran pecado; pero si te restringes de manera que no hagas el mal, practicas una gran justicia. Restríngete, pues, de toda iniquidad y haz lo que es bueno». «¿Cuáles son, señor», digo yo, «las obras malas de las que debemos abstenernos?». «Escucha», dice él: «del adulterio y la fornicación, de los regocijos ilícitos, del lujo malvado, de la entrega a muchas clases de alimentos y a la extravagancia de las riquezas, y de la jactancia, la arrogancia, la insolencia, las mentiras, la maledicencia, la hipocresía, del recuerdo de los agravios y de toda calumnia. Estas son las obras más malvadas en la vida de los hombres. De todas estas obras, pues, debe abstenerse el siervo de Dios. Pues el que no se abstiene de ellas no puede vivir para Dios. Escucha, pues, las obras que van unidas a estas». «¿Hay, señor», dije yo, «otras obras malvadas?»

«Las hay», dice él; «y muchas también, de las que el siervo de Dios debe abstenerse: el robo, la mentira, el latrocinio, el falso testimonio, la avaricia, el deseo malvado, el engaño, la vanagloria, la jactancia y todos los demás vicios semejantes a estos». «¿No te parece que son verdaderamente malvados?». «Sumamente malvados en los siervos de Dios. De todos estos debe abstenerse el siervo de Dios. Restríngete, pues, de todos estos, para que vivas para Dios, y serás inscrito entre los que se restringen respecto a estas cosas. Estas son, pues, las cosas de las que debes abstenerte.

»Pero escucha», dice él, «las cosas respecto a las cuales no tienes que ejercer dominio de ti mismo, sino que debes hacer. No te restrinja respecto a lo que es bueno, sino hazlo». «Dime también, señor», digo yo, «la naturaleza de las obras buenas para que pueda caminar en ellas y aguardarlas, de modo que haciéndolas pueda ser salvo». «Escucha», dice él, «las obras buenas que debes hacer y respecto a las cuales no se requiere dominio de sí mismo.

»Ante todo está la fe, luego el temor del Señor, el amor, la concordia, las palabras de justicia, la verdad, la paciencia. Nada hay mejor que estas en la vida de los hombres. El que atienda a estas y no se restrinja de ellas, dichoso es en su vida. Luego están las siguientes, que van unidas a estas: ayudar a las viudas, cuidar de los huérfanos y los necesitados, rescatar de sus necesidades a los siervos de Dios, ser hospitalario — pues en la hospitalidad el bien encuentra su campo de acción —, no oponerse jamás a nadie, ser tranquilo, tener menos necesidades que todos los hombres, respetar a los an-

cianos, practicar la justicia, velar por la fraternidad, soportar la insolencia, ser longánime, animar a los enfermos de alma, no apartar de la fe a los que han caído en pecado, sino volverlos atrás y devolverles la paz de espíritu, amonestar a los pecadores, no oprimir a los deudores y a los necesitados, y si hay otras acciones semejantes a estas. ¿Te parecen buenas?», dice él. «¿Pues qué, señor», digo yo, «es mejor que estas?». «Camina en ellas», dice él, «y no te restrinja de ellas, y vivirás para Dios. Guarda, pues, este mandamiento. Si haces el bien y no te restringes de él, vivirás para Dios. Todos los que así obren vivirán para Dios. Y, a su vez, si te niegas a hacer el mal y te restringes de él, vivirás para Dios. Y todos vivirán para Dios que guarden estos mandamientos y caminen en ellos».

NOVENO MANDAMIENTO

LA ORACIÓN DEBE HACERSE A DIOS SIN CESAR Y CON CONFIANZA INQUEBRANTABLE

Me dice: «Aparta de ti la duda y no vaciles en pedir al Señor, diciéndote a ti mismo: "¿Cómo puedo pedir al Señor y recibir de Él, viendo que he pecado tanto contra Él?". No razones así contigo mismo, sino vuélvete al Señor de todo corazón y pídele sin dudar, y conocerás la multitud de sus tiernas misericordias; que Él nunca te abandonará, sino que cumplirá la petición de tu alma. Pues no es como los hombres, que recuerdan los males que se les hicieron; sino que Él mismo no recuerda los males y tiene compasión de su propia criatura. Purifica, pues, tu corazón de todas las vanidades de este

mundo y de las palabras ya mencionadas, y pide al Señor y recibirás todo, y en ninguna de tus peticiones serás rechazado, las que hagas al Señor sin dudar. Pero si dudas en tu corazón, no recibirás ninguna de tus peticiones. Porque los que dudan respecto a Dios son de alma doble y no obtienen ninguna de sus peticiones. Pero los que son perfectos en la fe piden todo confiando en el Señor; y obtienen, porque piden sin dudar y sin ser de alma doble. Pues todo hombre de alma doble, aunque se arrepienta, difícilmente será salvo. Purifica, pues, tu corazón de toda duda, y revístete de fe, porque es fuerte, y confía en Dios que obtendrás de Él todo lo que pidas. Y si en algún momento, después de haber pedido al Señor, recibes tu petición más tardíamente de lo que esperabas, no dudes porque no has obtenido pronto la petición de tu alma; pues invariablemente es a causa de alguna tentación o de algún pecado del que no eres consciente por lo que recibes tu petición más tardíamente. No ceses, pues, de hacer la petición de tu alma, y la obtendrás. Pero si te cansas y vacías en tu petición, culpate a ti mismo, y no a Él que no te da. Ten en cuenta este estado de ánimo dubitativo, pues es malvado e insensato, y aparta completamente de la fe a muchos, aunque sean muy fuertes. Pues esta duda es hija del diablo y obra con suma malicia contra los siervos de Dios. Desprecia, pues, la duda y consigue el dominio sobre ella en todo; revistiéndote de la fe, que es fuerte y poderosa. Porque la fe todo lo promete, todo lo perfecciona; pero la duda, al no tener en sí misma una fe cabal, fracasa en toda obra que emprende. Ves, pues», dice él, «que la fe viene de arriba, del Señor, y tiene gran poder; pero la duda es un espíritu terrenal, procedente del diablo, y no tiene poder. Sirve, pues, a la que tiene poder, es decir a la fe, y mantente alejado de la duda, que no tiene poder, y vivirás para Dios. Y todos vivirán para Dios cuyas mentes se hayan puesto en estas cosas».

DÉCIMO MANDAMIENTO

SOBRE LA TRISTEZA Y DE NO ENTRISTECER AL ESPÍRITU DE DIOS QUE HAY EN NOSOTROS

CAPÍTULO I

«Aparta de ti», dice él, «la tristeza; pues ella es hermana de la duda y de la ira». «¿Cómo, señor», digo yo, «es hermana de estas? Pues la ira, la duda y la tristeza parecen ser muy diferentes entre sí». «Eres insensato, hombre. ¿No percibes que la tristeza es más malvada que todos los espíritus y más terrible para los siervos de Dios, y que más que todos los demás espíritus destruye al hombre y aplasta al Espíritu Santo, y sin embargo, por otro lado, lo salva?»

«Soy insensato, señor», digo yo, «y no entiendo estas parábolas. Pues cómo puede aplastar y por otro lado salvar, no lo percibo». «Escucha», dice él. «Los que nunca han buscado la verdad ni investigado la naturaleza de la Divinidad, sino que simplemente han creído, cuando se consagran a los negocios y se mezclan en ellos, y en la riqueza, y en las amistades con los paganos, y en muchas otras acciones de este mundo, no perciben las parábolas de la Divinidad; porque sus mentes están oscurecidas por estas acciones, y se corrompen y se secan. Como las hermosas vides, cuando son descuidadas, son marchitadas por las zarzas y diversas plantas, así los hombres que han creído y que después han caído en muchas de las acciones antes mencionadas se extravían en sus mentes y pierden todo entendimiento respecto a la justicia; pues si oyen hablar de justicia, sus mentes están ocupadas en sus negocios y no prestan atención alguna. Los que, por otro lado,

tienen el temor de Dios y buscan la Divinidad y la verdad, y tienen sus corazones vueltos hacia el Señor, perciben y comprenden rápidamente lo que se les dice, porque tienen el temor del Señor en ellos. Pues donde mora el Señor, hay mucho entendimiento. Permanece unido, pues, al Señor, y comprenderás y percibirás todas las cosas.

CAPÍTULO II

«Escucha, pues», dice él, «hombre necio, cómo la tristeza aplasta al Espíritu Santo y por otro lado lo salva. Cuando el hombre dubitativo intenta alguna obra y fracasa en ella a causa de su duda, esta tristeza entra en el hombre y entristece al Espíritu Santo y lo aplasta. Luego, por otro lado, cuando la ira se adhiere a un hombre por algún asunto y se amarga, entonces la tristeza entra en el corazón del hombre que se irritó, y se entristece por la obra que hizo, y se arrepiente de haber obrado una mala acción. Esta tristeza, pues, parece ir acompañada de salvación, porque el hombre, tras haber cometido una mala acción, se arrepintió. Ambas acciones entristecen al Espíritu: la duda, porque no logró su objeto; y la ira entristece al Espíritu porque hizo lo que era malvado. Ambas son afflictivas para el Espíritu Santo: la duda y la ira. Aparta, pues, la tristeza de ti, y no aplastes al Espíritu Santo que mora en ti, no sea que interceda ante Dios contra ti y se aparte de ti. Porque el Espíritu de Dios que nos ha sido otorgado para morar en este cuerpo no soporta la tristeza ni la angustia. Revístete, pues, de alegría, que es siempre grata y acepta a Dios, y regocíjate en ella. Pues todo hombre alegre hace lo que es bueno y piensa en lo que es bueno, y desprecia la tristeza; pero el hombre triste siempre obra mal. Ante todo, obra mal porque entristece al Espíritu Santo, que fue dado al hombre como un Espíritu alegre. En segundo lugar, entristeciendo al Espíritu Santo, obra la iniquidad, sin suplicar al Señor ni confesarle. Pues la súplica del hombre triste no tiene poder para subir al altar de Dios». «¿Por qué», digo yo, «no sube al altar la súplica del hombre entristecido?». «Porque», dice él, «la tristeza está sentada en su corazón. La tristeza, pues, mezclada con su súplica, no permite que esta

suba pura al altar de Dios. Pues así como el vinagre y el vino, cuando se mezclan en el mismo vaso, no producen el mismo placer que el vino solo, así también la tristeza mezclada con el Espíritu Santo no produce la misma súplica que produciría el Espíritu Santo solo. Purifícate de esta malvada tristeza, y vivirás para Dios; y todos vivirán para Dios que ahuyenten la tristeza de sí mismos y se revistan de toda alegría».

UNDÉCIMO MANDAMIENTO

EL ESPÍRITU Y LOS PROFETAS DEBEN SER PROBADOS POR SUS OBRAS; TAMBIÉN SOBRE LOS DOS TIPOS DE ESPÍRITU

Me señaló a unos hombres sentados en un banco y a un hombre sentado en una silla. Y me dice: «¿Ves a las personas sentadas en el banco?». «Sí las veo, señor», dije yo. «Estos», dice él, «son los fieles, y el que está sentado en la silla es un falso profeta que arruina las mentes de los siervos de Dios. Son los que dudan, no los fieles, a quienes arruina. Estos que dudan acuden a él como a un adivino e inquietan de él lo que les va a suceder; y él, el falso profeta, al no tener en sí el poder de un Espíritu divino, les responde según sus preguntas y según sus malvados deseos, y llena sus almas de esperanzas acordes con sus propios deseos. Pues siendo él mismo un vacío, da respuestas vacías a los que lo consultan vacíos; porque toda respuesta se hace al vacío del hombre. Algunas palabras verdaderas pronuncia de vez en cuando; pues el diablo lo llena con su propio espíritu, con la esperanza de

poder vencer a alguno de los justos. Todos, pues, los que son fuertes en la fe del Señor y están revestidos de la verdad no tienen trato con tales espíritus, sino que se mantienen alejados de ellos; pero todos los que son de mente dubitativa y se arrepienten con frecuencia acuden a la adivinación, igual que los paganos, y se atraen mayor pecado con su idolatría. Pues quien consulta a un falso profeta respecto a cualquier acción es idólatra y está desprovisto de la verdad, y es necio. Porque ningún espíritu dado por Dios necesita ser interrogado; sino que tal espíritu, teniendo el poder de la Divinidad, habla por sí mismo todas las cosas, pues procede de arriba, del poder del Espíritu Divino. Pero el espíritu que es interrogado y habla según los deseos de los hombres es terrenal, ligero y sin poder, y está completamente callado si no se le pregunta». «¿Cómo, pues, señor», digo yo, «conocerá un hombre cuál de ellos es el profeta y cuál el falso profeta?». «Te hablaré», dice él, «de ambos profetas, y entonces podrás probar al verdadero y al falso profeta según mis indicaciones. Prueba al hombre que tiene el Espíritu Divino por su vida. Ante todo, el que tiene el Espíritu Divino procedente de lo alto es manso, y pacífico, y humilde, y se abstiene de toda iniquidad y del vano deseo de este mundo, y se contenta con menos necesidades que las de los demás hombres, y cuando se le pregunta no responde; ni habla en privado, ni cuando el hombre desea que el espíritu hable habla el Espíritu Santo, sino que habla solo cuando Dios quiere que hable. Cuando, pues, un hombre que tiene el Espíritu Divino entra en una asamblea de hombres justos que tienen fe en el Espíritu Divino, y esta asamblea de hombres ofrece oración a Dios, entonces el ángel del espíritu profético, que está destinado para él, llena al hombre; y el hombre, lleno del Espíritu Santo, habla a la multitud como el Señor quiere. Así, pues, se manifestará el Espíritu de la Divinidad. Todo poder, pues, que provenga del Espíritu de la Divinidad pertenece al Señor. Escucha, pues», dice él, «respecto al espíritu que es terrenal, y vacío, y sin poder, y necio. Ante todo, el hombre que parece tener el Espíritu se engríe y quiere tener el primer asiento, y es audaz, e impudente, y charlatán, y vive en medio de muchos lujos y de muchas otras vanidades, y acepta recompensas por su profecía; y si no recibe recompensas, no profetiza. ¿Puede, entonces, el Espíritu Divino aceptar recompensas y profetizar? No es posible que el profeta de Dios haga esto, sino que los profetas de este tipo están poseídos por un espíritu terrenal. Luego nunca se acerca a una asamblea de hombres justos, sino que los rehuye. Y se asocia con los que dudan y con los vanos, y les profetiza en un rincón, y los engaña hablándoles, según sus

deseos, meras palabras vacías; pues son vacíos aquellos a quienes da sus respuestas. Porque el vaso vacío, cuando se coloca junto al vacío, no se rompe, sino que se corresponden el uno con el otro. Cuando, pues, entra en una asamblea de hombres justos que tienen un Espíritu de Divinidad y ofrecen oración, ese hombre queda vacío y el espíritu terrenal huye de él por miedo, y ese hombre queda mudo y completamente aplastado, incapaz de hablar. Pues si llenas bien un almacén con vino o aceite y pones una jarra vacía en medio de los recipientes de vino o aceite, encontrarás esa jarra vacía tal como la pusiste, si quisieras vaciar el almacén. Así también los falsos profetas, cuando se acercan a los espíritus de los justos, se encuentran al marcharse tal como estaban al llegar. Este es, pues, el modo de vida de ambos profetas. Prueba por sus obras y su vida al hombre que dice estar inspirado. Pero en cuanto a ti, confía en el Espíritu que viene de Dios y tiene poder; pero al espíritu que es terrenal y vacío no le des confianza en absoluto, pues no hay poder en él: procede del diablo. Escucha, pues, la parábola que voy a decirte. Toma una piedra y lánzala al cielo, y mira si puedes alcanzarlo. O también, toma una jeringa de agua y inyéctala al cielo, y mira si puedes penetrarlo». «¿Cómo, señor», digo yo, «pueden ocurrir estas cosas? Pues ambas son imposibles». «Así como estas cosas», dice él, «son imposibles, así también los espíritus terrenales son sin poder y sin sustancia. Pero mira, por otro lado, el poder que viene de arriba. El granizo es del tamaño de un grano muy pequeño, y sin embargo cuando cae sobre la cabeza de un hombre, ¡cuánta molestia le causa! O también, considera la gota que cae de una jarra al suelo y que sin embargo va vaciando una piedra. Ves, pues, que las cosas más pequeñas que vienen de arriba tienen gran poder cuando caen sobre la tierra. Así también es poderoso el Espíritu Divino, que viene de arriba. Confía, pues, en ese Espíritu, pero no tengas nada que ver con el otro».

DUODÉCIMO MANDAMIENTO

SOBRE EL DESEO DOBLE. LOS MANDAMIENTOS DE DIOS PUEDEN GUARDARSE, Y LOS CREYENTES NO DEBEN TEMER AL DIABLO

CAPÍTULO I

Me dice: «Aparta de ti todo deseo malvado, y revístete del deseo bueno y casto; pues revestido de este deseo, aborrecerás el deseo malvado y te refrenarás a ti mismo incluso como deseas. Pues el deseo malvado es salvaje y se doma con dificultad. Es terrible y consume excesivamente a los hombres con su salvajismo. El siervo de Dios es consumido por él de manera terrible especialmente si cae en él y carece de entendimiento. Además, consume a todos los que no tienen puesto el vestido del deseo bueno, sino que están enredados y mezclados con este mundo. A estos los entrega a la muerte». «¿Cuáles son, pues, señor», digo yo, «las obras del deseo malvado que entregan a los hombres a la muerte? Dámelas a conocer, y me abstendré de ellas». «Escucha, pues, las obras en que el deseo malvado mata a los siervos de Dios».

CAPÍTULO II

«Lo primero de todo es el deseo por la esposa o el esposo de otro, y por la extravagancia, y por muchas golosinas y bebidas inútiles, y por muchos otros lujos necios; pues todo lujo es necio y vacío en los siervos de Dios. Estos, pues, son los deseos malvados que matan a los siervos de Dios. Porque este deseo malvado es hija del diablo. Debéis absteneros de los deseos malvados, para que absteniéndooos viváis para Dios. Pero todos los que son dominados por ellos y no les resisten perecerán al final, porque estos deseos son mortales. Revístete, pues, del deseo de la justicia; y armándote con el temor del Señor, resísteles. Porque el temor del Señor mora en el buen deseo. Pero si el deseo malvado te ve armado con el temor de Dios y resistiéndole, huirá lejos de ti y ya no se te aparecerá más, porque teme tu armadura. Ve, pues, coronado con la corona que has ganado por la victoria sobre él, hacia el deseo de la justicia, y entregándole el premio que has recibido, sírvele como él desea. Si sirves al buen deseo y te sometes a él, ganarás el dominio sobre el deseo malvado y lo someterás a ti como deseas».

CAPÍTULO III

«Me gustaría saber», digo yo, «de qué manera debo servir al buen deseo». «Escucha», dice él: «Practicarás la justicia y la virtud, la verdad y el temor del Señor, la fe y la mansedumbre, y cuantas excelencias sean semejantes a estas. Practicando estas, serás un siervo agradable a Dios y vivirás para Él; y todo el que sirva al buen deseo vivirá para Dios».

Concluyó los doce mandamientos y me dijo: «Tienes ahora estos mandamientos. Camina en ellos, y exhorta a los que te escuchan para que su arrepentimiento sea puro durante el resto de su vida. Cumple cuidadosamente

este ministerio que ahora te confío, y lograrás mucho. Pues hallarás favor entre los que han de arrepentirse, y darán oídos a tus palabras; porque yo estaré contigo y les obligaré a obedecerte». Le digo: «Señor, estos mandamientos son grandes, y buenos, y gloriosos, y propios para alegrar el corazón del hombre que pueda cumplirlos. Pero no sé si estos mandamientos pueden ser guardados por el hombre, porque son sumamente difíciles». Él respondió y me dijo: «Si das por cierto que pueden ser guardados, los guardarás fácilmente y no serán difíciles. Pero si te imaginas que no pueden ser guardados por el hombre, entonces no los guardarás. Ahora te digo que si no los guardas, sino que los descuidas, no serás salvo, ni tus hijos ni tu casa, puesto que ya has determinado para ti mismo que estos mandamientos no pueden ser guardados por el hombre».

CAPÍTULO IV

Estas cosas me las dijo con una voz de profundísima ira, de tal modo que quedé confundido y sumamente temeroso de él, pues su figura estaba transformada de manera que un hombre no podría soportar su ira. Pero viéndome completamente agitado y confundido, comenzó a hablarme en tono más suave; y dijo: «¡Oh necio, insensato y dubitativo! ¿No percibes cuán grande es la gloria de Dios, y cuán fuerte y maravillosa, que creó el mundo por amor al hombre y sometió toda la creación a él, y le dio poder para gobernar sobre todo lo que hay bajo el cielo? Si, pues, el hombre es señor de las criaturas de Dios y gobierna sobre todo, ¿no es capaz también de ser señor de estos mandamientos? Porque», dice él, «el hombre que tiene al Señor en su corazón puede también ser señor de todo y de cada uno de estos mandamientos. Pero para los que tienen al Señor solo en los labios, con los corazones endurecidos y lejos del Señor, los mandamientos son duros y difíciles. Poned, pues, vosotros los que sois vacíos e inconstantes en vuestra fe, al Señor en vuestro corazón, y sabréis que no hay nada más fácil ni más dulce ni más manejable que estos mandamientos. Volveos, vosotros los que camináis en los mandamientos del diablo, en una licencia dura, y amarga, y

salvaje, y no temáis al diablo; pues no tiene poder contra vosotros, porque yo estaré con vosotros, el ángel del arrepentimiento, que soy señor sobre él. El diablo solo tiene miedo, pero su miedo no tiene fuerza. No le temáis, pues, y huirá de vosotros».

CAPÍTULO V

Le digo: «Señor, escúchame un momento». «Di lo que deseas», dice él. «El hombre, señor», digo yo, «está ansioso de guardar los mandamientos de Dios, y no hay ninguno que no pida al Señor que le sea dada fortaleza para estos mandamientos y para someterse a ellos; pero el diablo es duro y tiene dominio sobre ellos». «No puede», dice él, «tener dominio sobre los siervos de Dios que de todo corazón ponen en Él su esperanza. El diablo puede luchar contra estos, pero vencerlos no puede. Si, pues, le resistís, será vencido y huirá de vosotros avergonzado. Todos los que, pues», dice él, «están vacíos, temen al diablo como si tuviera poder. Cuando un hombre ha llenado jarras muy apropiadas con buen vino, y unas pocas de entre esas jarras quedan vacías, viene entonces junto a las jarras y no mira las llenas, pues sabe que están llenas; sino que mira las vacías, temiendo que se hayan agriado. Porque las jarras vacías se agrian rápidamente y la bondad del vino desaparece. Así también el diablo va a todos los siervos de Dios para ponerlos a prueba. Todos los que están llenos en la fe le resisten con fuerza, y él se aparta de ellos, no teniendo manera de entrar en ellos. Va, pues, a los vacíos, y encontrando en ellos una entrada, produce en ellos lo que desea, y se convierten en sus siervos».

CAPÍTULO VI

«Pero yo, el ángel del arrepentimiento, os digo: no temáis al diablo; pues he sido enviado», dice él, «para estar con vosotros los que os arrepentís de todo corazón, y para fortaleceros en la fe. Confíad, pues, en Dios, vosotros los que a causa de vuestros pecados habéis desesperado de la vida, y los que añadís a vuestros pecados y cargáis vuestra vida; pues si os volvéis al Señor de todo corazón y practicáis la justicia el resto de vuestros días, y le servís según su voluntad, Él sanará vuestros pecados pasados, y tendréis poder para dominar las obras del diablo. Pero en cuanto a las amenazas del diablo, no las temáis en absoluto, pues es tan impotente como los tendones de un hombre muerto. Prestadme oídos, pues, y temed a Aquel que tiene todo poder, tanto para salvar como para destruir, y guardad sus mandamientos y viviréis para Dios». Le digo: «Señor, ahora me siento fortalecido en todas las ordenanzas del Señor, porque estás conmigo; y sé que quebrantarás todo el poder del diablo, y tendremos dominio sobre él, y prevaleceremos contra todas sus obras. Y espero, señor, poder guardar todos estos mandamientos que me has impuesto, fortaleciéndome el Señor». «Los guardarás», dice él, «si tu corazón es puro hacia el Señor; y todos los guardarán que purifiquen sus corazones de los vanos deseos de este mundo, y vivirán para Dios».

Fin del Libro Segundo — Los Mandamientos

LIBRO III — LAS PARÁBOLAS

PRIMERA PARÁBOLA

COMO EN ESTE MUNDO NO TENEMOS CIUDAD PERMANENTE, DEBEMOS BUSCAR LA QUE HA DE VENIR

Me dice: «Sabéis que vosotros, los siervos de Dios, habitáis en tierra extraña; pues vuestra ciudad está lejos de esta. Si, pues», continúa, «conocéis vuestra ciudad en la que habéis de morar, ¿por qué adquirís aquí tierras, y hacéis costosos preparativos, y acumuláis moradas y edificios inútiles? El que hace tales preparativos para esta ciudad no puede volver a la suya. ¡Oh hombre necio, inconstante y miserable! ¿No comprendes que todas estas cosas pertenecen a otro y están bajo el poder de otro? Pues el señor de esta ciudad dirá: "No quiero que habites en mi ciudad; márchate de ella, porque no obedeces mis leyes". Tú, pues, aunque tengas campos y casas, y muchas otras cosas, cuando él te eche, ¿qué harás con tu tierra, tu casa y las demás posesiones que has acumulado? Porque el señor de este país te dice con razón: "O bien obedeces mis leyes, o bien te marchas de mi dominio". ¿Qué

piensas hacer, entonces, teniendo una ley en tu propia ciudad, a causa de tus tierras y el resto de tus posesiones? Negarás del todo tu ley y caminarás según la ley de esta ciudad. Cuídate de que no te perjudique negar tu ley; porque si deseas volver a tu ciudad, no serás admitido en ella, porque negaste la ley de tu ciudad, sino que serás excluido de ella. Ten cuidado, por tanto: como alguien que vive en tierra extraña, no hagas más preparativos para ti que los estrictamente necesarios; y estate dispuesto, cuando el señor de esta ciudad venga a echarte por desobedecer su ley, a abandonar su ciudad, y a partir a la tuya, y a obedecer tu propia ley sin exponerte a molestia alguna, sino con gran alegría. Ten cuidado, pues, vosotros los que servís al Señor y le tenéis en vuestro corazón, de realizar las obras de Dios, recordando sus mandamientos y promesas que prometió, y creed que Él las llevará a cumplimiento si se observan sus mandamientos. En vez de tierras, pues, comprad almas afligidas, cada uno según sus posibilidades, y visitad a las viudas y huérfanos y no los descuidéis; y gastad vuestra riqueza y todos vuestros preparativos, que recibisteis del Señor, en tales tierras y casas. Pues para esto el Señor os hizo ricos: para que realicéis estos servicios para Él; y es mucho mejor adquirir tales tierras, posesiones y casas como las que encontraréis en vuestra propia ciudad cuando vayáis a residir en ella. Este es un gasto noble y sagrado, que no lleva consigo tristeza ni temor, sino alegría. No practiquéis el gasto de los paganos, pues os es perjudicial a vosotros los siervos de Dios; sino practicad un gasto propio, con el que podáis alegraros; y no corrompáis ni toquéis lo ajeno ni lo codiciéis, porque es malo codiciar los bienes de otros hombres; sino trabaja en tu propia obra, y serás salvo».

SEGUNDA PARÁBOLA

ASÍ COMO LA VID ES SOSTENIDA POR EL OLMO, ASÍ EL RICO ES AYUDADO POR LA ORACIÓN DEL POBRE

Mientras caminaba por el campo, observando un olmo y una vid, y reflexionando en mi mente acerca de ellos y de sus frutos, el Pastor se me apareció y dijo: «¿En qué estás pensando acerca del olmo y la vid?». «Estoy considerando», le respondí, «que se complementan admirablemente el uno al otro». «Estos dos árboles», continuó, «están destinados a ser un ejemplo para los siervos de Dios». «Me gustaría conocer», dije yo, «el ejemplo que dices que estos árboles están destinados a enseñar». «¿Ves», dice él, «el olmo y la vid?». «Los veo, señor», le respondí. «Esta vid», continuó, «da fruto, y el olmo es un árbol sin fruto; pero si la vid no se apoya en el olmo, no puede dar mucho fruto cuando se extiende a lo largo del suelo; y el fruto que da es podrido, porque la planta no está suspendida del olmo. Cuando, pues, la vid es conducida sobre el olmo, da fruto tanto de sí misma como del olmo. Ves, además, que el olmo también produce mucho fruto, no menos que la vid, sino incluso más; porque», continuó, «la vid, cuando está suspendida del olmo, produce mucho fruto y bueno; pero cuando se tiende por el suelo, lo que produce es escaso y podrido. Esta parábola, pues, es para los siervos de Dios: para el hombre pobre y para el rico». «¿Cómo así, señor?», dije yo; «explícame el asunto». «Escucha», dijo él: «El hombre rico tiene mucha riqueza, pero es pobre en lo que se refiere al Señor, porque está distraído por sus riquezas; y hace muy pocas confesiones e intercesiones al Señor, y las que hace son pequeñas y débiles, y no tienen poder en lo alto. Pero cuando el rico refresciona al pobre y le socorre en sus necesidades, creyendo que lo que hace por el pobre podrá encontrar su recompensa ante Dios — porque el pobre es rico en intercesión y confesión, y su in-

tercesión tiene gran poder ante Dios— , entonces el rico ayuda al pobre en todo sin vacilación; y el pobre, siendo ayudado por el rico, intercede por él, dando gracias a Dios por quien le otorga dones. Y sigue interesándose fervientemente por el pobre, para que sus necesidades sean suplidas constantemente. Pues sabe que la intercesión del pobre es aceptada e influyente ante Dios. Ambos, por tanto, cumplen su obra. El pobre hace intercesión: obra en la que es rico, que recibió del Señor, y con la que recompensa al señor que le ayuda. Y el rico, de igual modo, otorga sin vacilación al pobre las riquezas que recibió del Señor. Y esta es una gran obra, y aceptada ante Dios, porque comprende el objeto de su riqueza, y ha dado al pobre de los dones del Señor, y ha cumplido debidamente su servicio para con Él. Entre los hombres, sin embargo, el olmo parece no dar fruto, y no saben ni comprenden que si viene una sequía, el olmo, que contiene agua, nutre a la vid; y la vid, teniendo un suministro constante de agua, produce doble fruto tanto para sí misma como para el olmo. Así también los pobres que interceden ante el Señor en favor de los ricos acrecientan sus riquezas; y los ricos, a su vez, ayudando a los pobres en sus necesidades, satisfacen sus almas. Ambos, por tanto, son socios en la obra justa. El que hace estas cosas no será abandonado por Dios, sino que será inscrito en los libros de los vivientes. Bienaventurados los que tienen riquezas y comprenden que vienen del Señor. Pues los que así piensan podrán hacer algún bien».

TERCERA PARÁBOLA

ASÍ COMO EN INVIERNO LOS ÁRBOLES VERDES NO PUEDEN DISTINGUIRSE DE LOS MARCHITOS, ASÍ EN ESTE MUNDO LOS JUSTOS NO PUEDEN DISTINGUIRSE DE LOS INJUSTOS

Me mostró muchos árboles sin hojas, sino marchitos, según me parecía; pues todos eran iguales. Y me dijo: «¿Ves esos árboles?». «Los veo, señor», le respondí; «todos son iguales y marchitos». Me respondió y dijo: «Estos árboles que ves son los que habitan en este mundo». «¿Por qué, pues, señor», dije yo, «están marchitos, por así decir, y son todos iguales?». «Porque», dijo él, «ni los justos son manifiestos en esta vida, ni los pecadores, sino que todos son iguales; pues esta vida es un invierno para los justos, y no se manifiestan, porque habitan con los pecadores: pues así como en invierno los árboles que han perdido sus hojas son todos iguales, y no se ve cuáles están muertos y cuáles están vivos, así también en este mundo ni los justos se muestran, ni los pecadores, sino que todos son iguales unos a otros».

CUARTA PARÁBOLA

ASÍ COMO EN VERANO LOS ÁRBOLES VIVOS SE DISTINGUEN DE LOS MARCHITOS POR EL FRUTO Y LAS HOJAS VIVAS, ASÍ EN EL MUNDO POR VENIR LOS JUSTOS SE DISTINGUEN DE LOS INJUSTOS POR SU FELICIDAD

De nuevo me mostró muchos árboles, unos brotando y otros marchitos. Y me dijo: «¿Ves estos árboles?». «Los veo, señor», le respondí; «algunos echan brotes y otros están marchitos». «Los que brotan», dijo él, «son los justos que han de vivir en el mundo por venir; pues el mundo venidero es el verano de los justos, pero el invierno de los pecadores. Cuando, pues, resplandezca la misericordia del Señor, entonces se manifestarán los que son siervos de Dios, y todos los hombres serán puestos de manifiesto. Pues así como en verano aparecen los frutos de cada árbol en particular y se comprueba de qué clase son, así también los frutos de los justos serán manifiestos, y todos los que han sido fructíferos en aquel mundo serán dados a conocer. Pero los paganos y los pecadores, como los árboles marchitos que viste, serán los que han resultado marchitos e infructíferos en aquel mundo, y serán quemados como leña y puestos de manifiesto, porque sus obras fueron malas durante su vida. Pues los pecadores serán consumidos porque pecaron y no se arrepintieron, y los paganos serán quemados porque no conocieron a Aquel que los creó. Da fruto, pues, tú, para que en aquel verano tu fruto sea conocido. Y abstente de los muchos negocios y no pecarás jamás; porque los que se ocupan de muchos negocios cometen también muchos pecados, al estar distraídos en sus asuntos y no servir en modo alguno a su Señor. ¿Cómo, pues», continuó, «puede tal persona pedir y obtener algo del Señor si no le sirve? Los que le sirven obtendrán sus peticiones,

pero los que no le sirven no recibirán nada. Y en el cumplimiento incluso de una sola acción puede un hombre servir al Señor; porque su mente no se apartará del Señor, sino que le servirá teniendo una mente pura. Si, pues, haces estas cosas, podrás dar fruto para la vida por venir. Y todo el que haga estas cosas dará fruto».

QUINTA PARÁBOLA

DEL VERDADERO AYUNO Y SU RECOMPENSA; TAMBIÉN DE LA PUREZA DEL CUERPO

CAPÍTULO I

Mientras ayunaba y estaba sentado en cierta montaña, dando gracias al Señor por todos sus tratos conmigo, veo al Pastor que se sienta junto a mí y me dice: «¿Por qué has venido aquí tan temprano por la mañana?». «Porque, señor», le respondí, «tengo una estación». «¿Qué es una estación?», preguntó. «Estoy ayunando, señor», le respondí. «¿Qué es este ayuno», continuó, «que estás observando?». «Como tengo costumbre, señor», le respondo, «así ayuno». «No sabes», dice él, «cómo ayunar al Señor: este inútil ayuno que le observas no tiene ningún valor». «¿Por qué, señor», respondí, «dices esto?». «Te digo», continuó, «que el ayuno que crees observar no es un ayuno. Pero te enseñaré qué es un ayuno pleno y

acepto al Señor. Escucha», continuó: «Dios no desea tal ayuno vacío. Porque ayunando a Dios de esta manera no haces nada por una vida justa; pero ofrece a Dios un ayuno de la siguiente clase: no hagas el mal en tu vida y sirve al Señor con un corazón puro; guarda sus mandamientos, caminando en sus preceptos, y no dejes que ningún deseo malvado surja en tu corazón; y cree en Dios. Si haces estas cosas y le temes, y te abienes de toda cosa mala, vivirás para Dios; y si haces estas cosas, guardarás un gran ayuno y acepto ante Dios».

CAPÍTULO II

«Escucha la parábola que voy a narrarte relativa al ayuno. Cierta hombre tenía un campo y muchos esclavos, y plantó una parte del campo con una viña, y escogiendo a un esclavo fiel, amado y muy estimado, lo llamó y le dijo: "Toma esta viña que he plantado, estácala hasta que yo vuelva, y no hagas ninguna otra cosa a la viña; y atiende a esta orden mía, y recibirás de mí tu libertad". Y el amo del esclavo partió a un país extranjero. Y cuando se hubo marchado, el esclavo tomó y estacó la viña; y cuando hubo terminado de estacear las vides, vio que la viña estaba llena de malas hierbas. Entonces reflexionó, diciéndose: "He cumplido esta orden de mi amo: voy a cavar el resto de esta viña, y quedará más hermosa una vez cavada; y libre de malas hierbas, producirá más fruto, al no ser ahogada por ellas". Tomó, pues, y cavó la viña, y arrancó todas las malas hierbas que había en ella. Y aquella viña quedó muy hermosa y fructífera, al no tener malas hierbas que la ahogaran. Pasado cierto tiempo, el amo del esclavo y del campo volvió, y entró en la viña. Y al ver que las vides estaban bien apoyadas en las estacas, y la tierra, además, cavada, y todas las malas hierbas arrancadas, y las vides fructíferas, quedó muy complacido con la obra de su esclavo. Y llamando a su amado hijo que era su heredero, y a sus amigos que eran sus consejeros, les contó las órdenes que había dado a su esclavo y lo que había encontrado cumplido. Y se alegraron junto con el esclavo por el testimonio que su amo daba de él. Y dijo a estos: "Prometí a este esclavo la libertad si obedecía el

mandato que le di; y ha cumplido mi mandato, y ha hecho además una buena obra a la viña, y me ha agradado sobremanera. En recompensa, pues, por la obra que ha realizado, deseo hacerle coheredero con mi hijo, porque, teniendo buenos pensamientos, no los descuidó, sino que los llevó a efecto". Con esta resolución del amo quedaron complacidos su hijo y sus amigos, a saber, que el esclavo fuera coheredero con el hijo. Pocos días después el amo hizo un banquete, y envió a su esclavo muchos platos de su mesa. Y el esclavo, al recibir los platos que su amo le había enviado, tomó de ellos lo que le era suficiente, y distribuyó el resto entre sus compañeros de esclavitud. Y sus compañeros de esclavitud se alegraron de recibir los platos, y comenzaron a orar por él, para que encontrase aún mayor favor ante su amo por haberlos tratado de ese modo. Su amo oyó todas estas cosas que se habían hecho, y de nuevo quedó muy complacido con su conducta. Y el amo convocó de nuevo a sus amigos y a su hijo, y les informó del proceder del esclavo con los platos que le había enviado. Y quedaron aún más satisfechos de que el esclavo se convirtiese en coheredero con el hijo».

CAPÍTULO III

Le dije: «Señor, no veo el significado de estas parábolas, ni soy capaz de comprenderlas, a menos que me las expliques». «Te lo explicaré todo», dijo él, «y todo lo que mencione en el curso de nuestras conversaciones te lo mostraré. Guarda los mandamientos del Señor, y serás aprobado e inscrito en el número de los que observan sus mandamientos. Y si haces algún bien más allá de lo mandado por Dios, te ganarás una gloria más abundante y serás más honrado por Dios de lo que serías de otro modo. Si, pues, observando los mandamientos de Dios, realizas además estos servicios, tendrás alegría si los observas conforme a mi mandato». Le dije: «Señor, todo lo que me ordenes lo observaré, porque sé que estás conmigo». «Estaré contigo», respondió, «porque tienes tal deseo de hacer el bien; y estaré con todos», añadió, «que tengan tal deseo. Este ayuno», continuó, «es muy bueno, siempre que se observen los mandamientos del Señor. Así, pues, ob-

servarás el ayuno que tienes intención de guardar. Ante todo, guárdate de toda palabra mala y de todo deseo malo, y purifica tu corazón de todas las vanidades de este mundo. Si te guardas de estas cosas, tu ayuno será perfecto. Y harás también lo siguiente. Habiendo cumplido lo que está escrito, el día en que ayunes no probarás nada más que pan y agua; y habiendo calculado el precio de los platos del día que tenías intención de comer, lo darás a una viuda, o a un huérfano, o a alguna persona necesitada, y así manifestarás humildad de mente, de modo que el que haya recibido beneficio de tu humildad llene su propia alma y ore por ti al Señor. Si observas el ayuno tal como te lo he mandado, tu sacrificio será acepto a Dios, y este ayuno quedará escrito; y el servicio así prestado es noble, y sagrado, y acepto al Señor. Estas cosas, pues, las observaréis así con vuestros hijos y con toda vuestra casa, y observándolas seréis bienaventurados; y todos cuantos oigan estas palabras y las observen serán bienaventurados; y cuanto pidan al Señor lo recibirán».

CAPÍTULO IV

Le supliqué mucho que me explicase la parábola del campo, y del amo de la viña, y del esclavo que estacó la viña, y de las estacas, y de las malas hierbas que fueron arrancadas de la viña, y del hijo, y de los amigos que eran consejeros, pues sabía que todas estas cosas eran una especie de parábola. Y él me respondió y dijo: «Eres sumamente insistente con tus preguntas. No deberías», continuó, «hacer preguntas en absoluto; porque si es necesario explicar algo, te será dado a conocer». Le dije: «Señor, todo lo que me muestres y no expliques, lo habré visto en vano, sin comprender su significado. Del mismo modo también, si me dices parábolas y no las desglosas, habré oído tus palabras en vano». Y él me respondió de nuevo, diciendo: «Todo el que es siervo de Dios y tiene a su Señor en su corazón, le pide entendimiento y lo recibe, y desvela toda parábola; y las palabras del Señor le son dadas a conocer, las que se pronuncian en parábolas. Pero los que son débiles y perezosos en la oración dudan en pedir nada al Señor; sin embar-

go, el Señor está lleno de compasión y da sin falta a todos los que le piden. Pero tú, habiendo sido fortalecido por el santo ángel, y habiendo obtenido de él tal intercesión, y no siendo perezoso, ¿por qué no pides al Señor entendimiento y lo recibes de Él?». Le dije: «Señor, teniendo a ti conmigo, me veo en la necesidad de hacerte preguntas, porque me muestras todas las cosas y conversas conmigo; pero si viera u oyera estas cosas sin ti, entonces pediría al Señor que me las explicase».

CAPÍTULO V

«Te dije hace un momento», respondió él, «que eres astuto y obstinado en pedir explicaciones de las parábolas; pero puesto que eres tan insistente, desvelaré para ti el significado de las parábolas del campo y de todas las demás que siguen, para que se las des a conocer a todos. Escucha ahora», dijo él, «y compréndelas. El campo es este mundo; y el Señor del campo es Aquel que creó, y perfeccionó, y fortaleció todas las cosas; y el hijo es el Espíritu Santo; y el esclavo es el Hijo de Dios; y las vides son este pueblo, que Él mismo plantó; y las estacas son los santos ángeles del Señor, que mantienen unido a su pueblo; y las malas hierbas que fueron arrancadas de la viña son las iniquidades de los siervos de Dios; y los platos que le envió de su mesa son los mandamientos que dio a su pueblo por medio de su Hijo; y los amigos y consejeros son los santos ángeles que fueron creados los primeros; y la ausencia del amo de casa es el tiempo que resta hasta su aparición». Le dije: «Señor, todo esto es grande, y maravilloso, y glorioso. ¿Podría yo, pues», continué, «comprenderlo? No, ni ningún otro hombre podría, aunque fuera sumamente sabio. Además», añadí, «explícame lo que voy a preguntarte». «Di lo que desees», respondió él. «¿Por qué, señor», pregunté, «está el Hijo de Dios en la parábola bajo la forma de un esclavo?»

CAPÍTULO VI

«Escucha», respondió él: «el Hijo de Dios no está bajo la forma de un esclavo, sino con gran poder y majestad». «¿Cómo así, señor?», dije yo; «no lo entiendo». «Porque», respondió, «Dios plantó la viña, es decir, creó al pueblo, y lo entregó a su Hijo; y el Hijo puso a sus ángeles sobre ellos para guardarlos; y Él mismo purificó sus pecados, habiendo sufrido muchas pruebas y pasado por muchos trabajos, porque nadie puede cavar sin esfuerzo y fatiga. Él mismo, pues, habiendo purificado los pecados del pueblo, les mostró los caminos de la vida dándoles la ley que recibió de su Padre. Ves», dijo él, «que Él es el Señor del pueblo, habiendo recibido toda autoridad de su Padre. Y por qué el Señor tomó a su Hijo como consejero, y a los gloriosos ángeles, en lo referente a la herencia del esclavo, escucha. El Santo Espíritu preexistente, que creó toda criatura, Dios hizo que habitara en la carne que Él eligió. Esta carne, pues, en la que habitaba el Espíritu Santo, estuvo noblemente sujeta a ese Espíritu, caminando con religiosidad y castidad, sin contaminar al Espíritu en ningún aspecto; y así, tras haber vivido de manera excelente y pura, y tras haber trabajado y cooperado con el Espíritu, y habiendo actuado con vigor y valentía en todo junto con el Espíritu Santo, lo asumió como asociado consigo. Pues esta conducta de la carne le agradó, porque no se contaminó en la tierra mientras tenía el Espíritu Santo. Tomó, pues, como consejeros a su Hijo y a los gloriosos ángeles, a fin de que esta carne, que había sido sujeta al cuerpo sin falta, tuviera algún lugar de morada, y para que no pareciese que la recompensa de su servidumbre se había perdido; porque la carne que se ha hallado sin mancha ni contaminación, en la que habitó el Espíritu Santo, recibirá recompensa. Tienes ahora también la explicación de esta parábola».

CAPÍTULO VII

«Me alegro, señor», dije yo, «de oír esta explicación». «Escucha», respondió él de nuevo: «Mantén esta carne pura e inmaculada, para que el Espíritu que la habita dé testimonio de ella, y tu carne sea justificada. Cuídate de que nunca surja en tu mente el pensamiento de que esta carne tuya es corruptible, y la contamines con algún acto impuro. Si contaminas tu carne, contaminarás también al Espíritu Santo; y si contaminas tu carne y tu espíritu, no vivirás». «Y si alguno, señor», dije yo, «ha sido hasta ahora ignorante, antes de oír estas palabras, ¿cómo puede ser salvo tal hombre que ha contaminado su carne?». «Respecto a los pecados anteriores cometidos por ignorancia», dijo él, «solo Dios puede sanarlos, pues a Él pertenece todo poder. Guárdate, pues, ahora, y el Dios omnipotente y compasivo sanará las transgresiones pasadas si no contaminas en adelante tu cuerpo ni tu espíritu; porque ambos son comunes y no pueden contaminarse el uno sin el otro: guárdalos, pues, ambos puros, y vivirás para Dios».

SEXTA PARÁBOLA

DE LAS DOS CLASES DE HOMBRES ENTREGADOS AL PLACER, Y DE SU MUERTE, SU CAÍDA Y LA DURACIÓN DE SU CASTIGO

CAPÍTULO I

Estando en mi casa, glorificando al Señor por todo lo que había visto, y reflexionando sobre los mandamientos, que son excelentes, y poderosos, y gloriosos, y capaces de salvar el alma de un hombre, me dije a mí mismo: «Seré bienaventurado si camino en estos mandamientos, y todo el que camine en ellos será bienaventurado». Mientras me decía estas palabras a mí mismo, de repente le veo sentado junto a mí, y le oigo hablar así: «¿Por qué dudas de los mandamientos que te di? Son excelentes; no dudes de ellos en absoluto, sino revístete de fe en el Señor, y caminarás en ellos, porque yo te fortaleceré en ellos. Estos mandamientos son beneficiosos para los que tienen intención de arrepentirse: porque si no caminan en ellos, su arrepentimiento es en vano. Vosotros, pues, los que os arrepentís, arrojad la maldad de este mundo que os agota; y revistiéndoos de todas las virtudes de una vida santa, podréis guardar estos mandamientos y no añadiréis más al número de vuestros pecados. Caminad, pues, en estos mandamientos míos y viviréis para Dios. Todas estas cosas os las he dicho yo». Y después de haber pronunciado estas palabras, me dijo: «Vamos a los campos, y te mostraré a los pastores de los rebaños». «Vamos, señor», le respondí. Y llegamos a cierta llanura, y me mostró un joven, un pastor, vestido con un traje de ropa de color amarillo; y apacentaba muchísimas ovejas, y estas

ovejas pastaban lujuriosamente, por así decir, y desenfrenadamente, y brincaban alegremente de un lado a otro. El pastor mismo estaba alegre a causa de su rebaño; y el aspecto del pastor era jovial, y corría de un lado a otro entre su rebaño.

CAPÍTULO II

Y me dijo: «¿Ves a este pastor?». «Le veo, señor», dije yo. «Este», respondió, «es el ángel del lujo y el engaño: agota las almas de los siervos de Dios y los aparta de la verdad, engañándolos con deseos malvados, a través de los cuales perecerán; porque olvidan los mandamientos del Dios vivo y caminan en engaños y lujos vacíos; y son arruinados por el ángel, siendo llevados algunos a la muerte y otros a la corrupción». Le dije: «Señor, no entiendo el significado de estas palabras: "a la muerte y a la corrupción"». «Escucha», dijo él. «Las ovejas que viste alegres y saltando son las que se han apartado de Dios para siempre y se han entregado a los lujos y engaños de este mundo. Entre estas no hay vuelta a la vida mediante el arrepentimiento, porque han añadido a sus otros pecados y blasfemado el nombre del Señor. Tales hombres, pues, están destinados a la muerte. Y las ovejas que viste no saltando, sino pastando en un lugar, son las que se han entregado al lujo y al engaño, pero no han blasfemado contra el Señor. Estas han sido apartadas de la verdad: entre estas existe la esperanza de arrepentimiento, mediante el cual es posible vivir. La corrupción, pues, tiene una esperanza de cierta renovación, pero la muerte lleva consigo una ruina eterna». Avancé de nuevo un poco, y él me mostró un pastor alto, de aspecto algo salvaje, vestido con una piel blanca de cabra, con una alforja al hombro, y un cayado muy duro con ramas, y un látigo muy grande. Y tenía un semblante muy adusto, de modo que le temía, tan intimidante era su aspecto. Este pastor, pues, estaba recibiendo las ovejas del joven pastor: las que se entregaban al desorden y al lujo, pero no saltaban; y las arrojó a un lugar precipitoso, lleno de cardos y espinas, de modo que era imposible sacar las ovejas de entre los espinos y cardos; sino que estaban completamente

enredadas entre ellos. Estas, pues, así enredadas, pastaban entre las espinas y los cardos, y eran sumamente miserables, siendo golpeadas por él; y las conducía de un lado a otro, y no les daba reposo; y, en suma, estas ovejas se encontraban en un estado lamentable.

CAPÍTULO III

Viéndolas, pues, tan golpeadas y tan maltratadas, me entristeció que estuvieran tan atormentadas y no tuvieran ningún descanso. Y le dije al Pastor que hablaba conmigo: «Señor, ¿quién es este pastor, que es tan despiadado y severo, y tan completamente desprovisto de compasión hacia estas ovejas?»

«Este», respondió, «es el ángel del castigo; y pertenece a los ángeles justos, y está destinado a castigar. Toma, pues, a los que se apartan de Dios y han caminado en los deseos y engaños de este mundo, y los castiga como merecen con terribles y diversos sufrimientos». «Quisiera saber, señor», dije yo, «cuál es la naturaleza de estos diversos tormentos y castigos». «Escucha», dijo él, «los diversos tormentos y castigos. Los tormentos son los que ocurren durante la vida. Pues unos son castigados con pérdidas, otros con privaciones, otros con enfermedades de diversas clases, y otros con todo tipo de desórdenes y confusiones; otros son insultados por personas indignas y expuestos a sufrimientos de muchas otras maneras: pues muchos, siendo inconstantes en sus planes, intentan muchas cosas y ninguna de ellas les sale bien, y dicen que no tienen éxito en sus empresas; y no se les ocurre pensar que han hecho obras malas, sino que culpan al Señor. Cuando, pues, han sido afligidos con toda clase de aflicciones, entonces me son entregados para una buena formación, y son fortalecidos en la fe del Señor; y durante el resto de los días de su vida están sujetos al Señor con corazones puros, y tienen éxito en todas sus empresas, obteniendo del Señor todo lo que piden; y entonces glorifican al Señor de que les fue entregado a mí, y ya no sufren ningún mal».

CAPÍTULO IV

Le dije: «Señor, explícame también esto». «¿Qué es lo que preguntas?», dijo él. «Si, señor», continué, «los que se entregan al lujo y son engañados, ¿son atormentados durante el mismo período de tiempo que han estado entregados al lujo y al engaño?». Me dijo: «Son atormentados de la misma manera». «Son atormentados mucho menos, señor», repliqué; «porque los que están tan entregados al lujo y que olvidan a Dios deberían ser atormentados siete veces más». Me dijo: «Eres necio y no comprendes el poder del tormento». «¿Por qué, señor», dije yo, «si lo hubiera comprendido, no te habría pedido que me lo mostrases?». «Escucha», dijo él, «el poder de ambos. El tiempo del lujo y el engaño es una hora; pero la hora del tormento equivale a treinta días. Si, pues, un hombre se entrega al lujo durante un día, y es engañado y atormentado durante un día, el día de su tormento equivale a un año entero. Por todos los días de lujo, pues, hay tantos años de tormento que hay que sufrir. Ves, entonces», continuó, «que el tiempo del lujo y el engaño es muy corto, pero el del castigo y el tormento es largo».

CAPÍTULO V

«Aun así», dije yo, «no acabo de entender bien el tiempo del engaño, el lujo y el tormento; explícamelo con más claridad». Respondió y me dijo: «Tu necedad es persistente, y no deseas purificar tu corazón y servir a Dios. Ten cuidado», añadió, «no sea que se cumpla el tiempo y seas hallado necio. Escucha ahora», añadió, «como deseas, para que comprendas estas cosas. El que se entrega al lujo y es engañado durante un día y hace lo que desea, está revestido de mucha necedad y no comprende el acto que realiza hasta el día siguiente; porque olvida lo que hizo el día anterior. Pues el lujo y el engaño no tienen memoria, a causa de la necedad con que están revestidos;

pero cuando el castigo y el tormento se aferran a un hombre durante un día, es castigado y atormentado durante un año; porque el castigo y el tormento tienen memorias poderosas. Mientras es atormentado y castigado, pues, durante un año entero, recuerda al fin su lujo y su engaño, y sabe que a causa de ellos sufre el mal. Todo hombre, pues, que se entrega al lujo y es engañado es atormentado así, porque aunque tienen vida, se han entregado a la muerte». «¿Qué clases de lujo, señor», pregunté, «son perjudiciales?». «Todo acto que un hombre realiza con placer», respondió él, «es un acto de lujo; porque el hombre de mal genio, cuando satisface su tendencia, se entrega al lujo; y el adúltero, y el borracho, y el maldiciente, y el mentiroso, y el codicioso, y el ladrón, y el que hace cosas semejantes, satisface su propia inclinación y al hacerlo se entrega al lujo. Todos estos actos de lujo son perjudiciales para los siervos de Dios. A causa de estos engaños, pues, sufren los que son castigados y atormentados. Hay también actos de lujo que salvan a los hombres; porque muchos que hacen el bien se entregan al lujo, llevados por su propio placer: este lujo, sin embargo, es beneficioso para los siervos de Dios, y les granjea la vida; pero los perjudiciales actos de lujo antes enumerados les acarrean tormentos y castigos; y si continúan en ellos y no se arrepienten, se atraen a sí mismos la muerte».

SÉPTIMA PARÁBOLA

LOS QUE SE ARREPIENTEN DEBEN PRODUCIR FRUTOS DIGNOS DE ARREPENTIMIENTO

Pocos días después le vi en la misma llanura donde había visto también a los pastores; y me dijo: «¿Qué deseas de mí?». Le dije: «Señor, que ordenes al pastor que castiga que se marche de mi casa, porque me aflige sobremanera». «Es necesario», respondió, «que seas afligido; pues así», continuó, «lo mandó el glorioso ángel respecto a ti, ya que desea que seas probado». «¿Qué he hecho tan malo, señor», le respondí, «como para ser entregado a este ángel?»

«Escucha», dijo él: «tus pecados son muchos, pero no tan graves como para que debas ser entregado a este ángel; pero tu casa ha cometido grandes iniquidades y pecados, y el glorioso ángel se ha indignado con ellos a causa de sus obras; y por este motivo mandó que fueras afligido durante cierto tiempo, para que ellos también se arrepintieran y se purificaran de todo deseo de este mundo. Cuando, pues, se arrepientan y se purifiquen, el ángel del castigo se marchará». Le dije: «Señor, si han hecho tales cosas como para indignar al glorioso ángel contra ellos, ¿qué he hecho yo?». Respondió: «No pueden ser afligidos en absoluto, a menos que tú, el cabeza de la casa, seas afligido: porque cuando tú eres afligido, ellos también sufren necesariamente la aflicción; pero si estás a gusto, ellos no pueden sentir ninguna aflicción».

«Pues bien, señor», dije yo, «se han arrepentido de todo corazón». «También yo sé», respondió, «que se han arrepentido de todo corazón: ¿crees, sin embargo, que los pecados de los que se arrepienten son perdonados de inmediato? No del todo, sino que quien se arrepiente debe atormentar su propia alma, y ser sumamente humilde en toda su conducta, y ser afligido

con muchas clases de aflicción; y si soporta las aflicciones que le sobrevienen, Aquel que creó todas las cosas y les dio poder tendrá sin duda compasión y le sanará; y esto lo hará cuando vea el corazón de todo penitente puro de todo mal. Y es provechoso para ti y para tu casa sufrir la aflicción ahora. Pero ¿por qué he de decirte mucho? Debes ser afligido, como mandó aquel ángel del Señor que te entregó a mí. Y por esto da gracias al Señor, porque te juzgó digno de mostrarte de antemano esta aflicción, para que, sabiéndola antes de que llegue, puedas soportarla con valentía». Le dije: «Señor, esté tú conmigo, y podré soportar toda aflicción». «Estaré contigo», dijo, «y pediré al ángel del castigo que te aflija más levemente; sin embargo, serás afligido por poco tiempo, y de nuevo serás restablecido en tu casa. Solo mantente humilde y sirve al Señor en toda pureza de corazón, tú y tus hijos y tu casa, y camina en mis mandamientos que te impongo, y tu arrepentimiento será profundo y puro; y si observas estas cosas con tu casa, toda aflicción se apartará de ti. Y la aflicción», añadió, «se apartará de todos los que caminen en estos mis mandamientos».

OCTAVA PARÁBOLA

**LOS PECADOS DE LOS ELEGIDOS Y DE LOS
PENITENTES SON DE MUCHAS CLASES, PERO
TODOS SERÁN RECOMPENSADOS SEGÚN LA
MEDIDA DE SU ARREPENTIMIENTO Y SUS
BUENAS OBRAS**

CAPÍTULO I

Me mostró un gran sauce que daba sombra a llanuras y montañas, y bajo la sombra de este sauce se habían reunido todos los que eran llamados por el nombre del Señor. Y un glorioso ángel del Señor, que era muy alto, estaba de pie junto al sauce, teniendo una gran podadera, y cortaba pequeñas ramas del sauce y las distribuía entre el pueblo que estaba bajo la sombra del sauce; y las ramitas que les daba eran pequeñas, de aproximadamente un codo de largo. Y después de que todos hubieron recibido las ramitas, el ángel depositó la podadera, y aquel árbol continuaba sano, tal como lo había visto al principio. Y me maravillé en mi interior, diciéndome: «¿Cómo está el árbol sano después de que se hayan cortado tantas ramas?». Y el Pastor me dijo: «No te sorprendas de que el árbol continúe sano después de habersele cortado tantas ramas; pero espera, y cuando hayas visto todo, entonces te será explicado lo que significa». El ángel que había distribuido las ramas entre el pueblo las pidió de nuevo, y en el orden en que las habían recibido fueron llamados a él, y cada uno de ellos devolvió su rama. Y el ángel del Señor las tomó y las examinó. A algunos les recibió las ramas marchitas y comidas por la polilla; a los que devolvieron ramas en ese estado el ángel del Señor les ordenó que se pusieran aparte. Otros, a su vez, las devolvieron marchitas, pero no comidas por la polilla; y a estos les ordenó que se pusieran aparte. Y otros las devolvieron a medias marchitas, y estos se pusieron aparte; y otros devolvieron sus ramas a medias marchitas y con grietas, y estos se pusieron aparte. Y otros devolvieron sus ramas verdes y con grietas; y estos se pusieron aparte. Y otros trajeron sus ramas con dos tercios verdes y el tercio restante marchito; y estos se pusieron aparte. Y otros las devolvieron con dos tercios marchitos y un tercio verde; y estos se pusieron aparte. Y otros devolvieron sus ramas casi completamente verdes, siendo marchita solo la parte más pequeña, la punta; pero tenían grietas; y estos se pusieron aparte. Y de otros muy poca parte era verde, pero las demás estaban marchitas; y estos se pusieron aparte. Y otros vinieron trayendo sus ramas verdes, tal como las habían recibido del ángel. Y la mayoría de la multitud devolvió ramas de ese tipo, y el ángel quedó sobremanera complacido con estas; y estos se pusieron aparte. Y otros de-

volvieron sus ramas verdes y con brotes; y estos se pusieron aparte, y el ángel se alegró sobremanera con estos. Y otros devolvieron sus ramas verdes y con brotes, y los brotes tenían como algún fruto; y los hombres cuyas ramas se hallaron de ese tipo estaban sumamente alegres. Y el ángel estaba exultante por ellos; y el Pastor también se alegró sobremanera por ellos.

CAPÍTULO II

Y el ángel del Señor mandó traer coronas; y fueron traídas coronas formadas, por así decir, de palmas; y coronó a los hombres que habían devuelto las ramas con brotes y algún fruto, y los envió a la torre. Y a los otros también los envió a la torre: a los que habían devuelto ramas verdes y con brotes pero sin fruto, habiéndoles dado sellos. Y todos los que entraron en la torre llevaban la misma ropa: blanca como la nieve. Y a los que devolvieron sus ramas verdes tal como las habían recibido los dejó libres, dándoles ropa y sellos. Una vez que el ángel hubo terminado estas cosas, dijo al Pastor: «Me marchó, y tú enviarás a estos dentro de las murallas, según sea cada uno digno de tener su morada. Y examina sus ramas con cuidado, y así despídelos; pero examínalas con atención. Cuídate de que ninguno se te escape», añadió; «y si alguno se te escapa, lo probaré yo en el altar». Habiendo dicho estas palabras al Pastor, se marchó. Y después de que el ángel se hubo marchado, el Pastor me dijo: «Tomemos las ramas de todos estos y plantémoslas, y veamos si alguna de ellas vivirá». Le dije: «Señor, ¿cómo pueden vivir estas ramas marchitas?». Respondió y dijo: «Este árbol es un sauce, y de una especie muy tenaz de vida. Si, pues, las ramas son plantadas y reciben un poco de humedad, muchas de ellas vivirán. Intentémoslo ahora, y vertamos agua sobre ellas; y si alguna de ellas vive me alegraré con ellas, y si no al menos yo no seré hallado negligente». Y el Pastor me ordenó que los llamara según el orden en que cada uno había entregado sus ramas. Y vinieron fila por fila y dieron sus ramas al Pastor. Y el Pastor las recibió y las plantó en filas; y después de haberlas plantado deramó mucha agua sobre ellas, de modo que las ramas no podían verse por el

agua; y después de que las ramas hubieron bebido, me dijo: «Marchémonos y volvamos pasados unos días, e inspeccionemos todas las ramas; porque Aquel que creó este árbol desea que todos los que recibieron ramas de él vivan. Y yo también espero que la mayor parte de estas ramas que recibieron humedad y bebieron del agua vivirán».

CAPÍTULO III

Le dije: «Señor, explícame lo que significa este árbol, porque estoy perplejo acerca de él, ya que, después de que se hayan cortado tantas ramas, continúa sano y no parece que se le haya cortado nada. Por esto, ahora, estoy perplejo». «Escucha», dijo él: «Este gran árbol que da su sombra a llanuras y montañas y a toda la tierra es la ley de Dios que fue dada a todo el mundo; y esta ley es el Hijo de Dios, proclamado hasta los confines de la tierra; y el pueblo que está bajo su sombra son los que han oído la proclamación y han creído en Él. Y el gran y glorioso ángel Miguel es el que tiene autoridad sobre este pueblo y lo gobierna; porque él es quien dio la ley en los corazones de los creyentes: él, pues, supervisa a quienes se la dio, para ver si la han guardado. Y ves las ramas de cada uno, porque las ramas son la ley. Ves, pues, muchas ramas que han quedado inservibles, y las conocerás todas: los que no han guardado la ley; y conocerás la morada de cada uno». Le dije: «Señor, ¿por qué despidió a unos hacia la torre y dejó a otros en tu poder?». «A todos», respondió, «los que transgredieron la ley que recibieron de él, los dejó bajo mi autoridad para el arrepentimiento; pero a todos los que satisficieron la ley y la guardaron, los retiene bajo su propia autoridad». «¿Quiénes son, pues», continué, «los que fueron coronados y van a la torre?». «Son los que han sufrido a causa de la ley; pero los otros, y los que devolvieron sus ramas verdes y con brotes pero sin fruto, son los que han sido afligidos a causa de la ley, pero no han sufrido ni han negado su ley; y los que devolvieron sus ramas verdes tal como las habían recibido son los ancianos venerables, y los justos, y los que han caminado con cuidado en un corazón puro y han guardado los mandamientos del Señor. Y el

resto lo conocerás cuando haya examinado las ramas que han sido plantadas y regadas».

CAPÍTULO IV

Y pasados unos días llegamos al lugar, y el Pastor se sentó en el lugar del ángel, y yo estaba de pie junto a él. Y me dijo: «Cíñete con lino puro sin curtir hecho de arpillera»; y viéndome ceñido y listo para servirle, dijo: «Llama a los hombres a quienes pertenecen las ramas que fueron plantadas, según el orden en que cada uno las entregó». Así pues, fui a la llanura y los llamé a todos, y se pusieron todos en sus filas. Les dijo: «Que cada uno saque su propia rama y me la traiga». Los primeros en entregarlas fueron los que las tenían marchitas y cortadas; y por encontrarse marchitas y cortadas, les ordenó que se pusieran aparte. Y a continuación las entregaron los que las tenían marchitas, pero no cortadas. Y algunos de ellos entregaron sus ramas verdes, y algunos marchitas y comidas como por la polilla. Los que las entregaron verdes, pues, les ordenó que se pusieran aparte; y a los que las entregaron secas y cortadas les ordenó que se pusieran junto a los primeros. A continuación las entregaron los que las tenían a medias marchitas y con grietas; y muchos de ellos las entregaron verdes y sin grietas; y algunos verdes y con brotes y frutos sobre los brotes, como los tenían los que, después de ser coronados, habían ido a la torre. Y algunos las entregaron marchitas y comidas, y algunos marchitas y sin comer; y algunos tal como estaban, a medias marchitas y con grietas. Y a cada uno les mandó que se pusieran aparte, algunos hacia sus propias filas y otros aparte de ellos.

CAPÍTULO V

Luego entregaron sus ramas los que las tenían verdes, pero con grietas: todos estas las entregaron verdes y se pusieron en su propia fila. Y el Pastor quedó complacido con estos, porque todos habían cambiado y habían perdido sus grietas. Y también entregaron las suyas los que las tenían a medias verdes y a medias marchitas: de algunos, pues, las ramas se hallaron completamente verdes; de otros, a medias marchitas; de otros, marchitas y comidas; de otros, verdes y con brotes. Todos estos fueron enviados, cada uno a su propia fila. A continuación entregaron las suyas los que las tenían dos partes verdes y un tercio marchitas. Muchos de ellos las entregaron a medias marchitas; y otros marchitas y podridas; y otros a medias marchitas y con grietas, y unos pocos verdes. Todos estos se pusieron en su propia fila. Y las entregaron los que las tenían verdes, pero en muy escasa medida marchitas y con grietas. De estos, algunos las entregaron verdes, y otros verdes y con brotes. Y estos también se fueron a su propia fila. A continuación las entregaron los que tenían una parte muy pequeña verde y las demás marchitas. De estos las ramas se hallaron en su mayor parte verdes y con brotes, y fruto en los brotes, y otras completamente verdes. Con estas ramas el Pastor quedó sobremanera complacido, porque se hallaron en este estado. Y estos se fueron, cada uno a su propia fila.

CAPÍTULO VI

Después de que el Pastor hubo examinado las ramas de todos ellos, me dijo: «Te dije que este árbol era tenaz de vida. ¿Ves», continuó, «cuántos se arrepintieron y fueron salvados?». «Lo veo, señor», le respondí. «Para que veas», añadió, «la gran misericordia del Señor, que es grande y gloriosa, y que ha dado su Espíritu a los que son dignos de arrepentimiento». «¿Por

qué, pues, señor», dije yo, «no se arrepintieron todos estos?». Respondió: «A aquellos cuyo corazón vio que se volvería puro y obediente a Él, les dio poder para arrepentirse de todo corazón. Pero a aquellos en cuyo engaño y maldad veía que tenían intención de arrepentirse hipócritamente, no les concedió el arrepentimiento, para que no volvieran a profanar su nombre». Le dije: «Señor, muéstrame ahora, respecto a los que entregaron las ramas, de qué clase son y cuál es su morada, a fin de que, oyéndolo los que creyeron, y recibieron el sello, y lo quebraron, y no lo guardaron entero, puedan, al llegar al conocimiento de sus obras, arrepentirse, y recibir de ti un sello, y glorificar al Señor porque tuvo compasión de ellos y te envió a renovar sus espíritus». «Escucha», dijo él: «los que tenían las ramas marchitas y comidas por la polilla son los apóstatas y traidores de la Iglesia, que blasfemaron al Señor en sus pecados, y además se avergonzaron del nombre del Señor por el que fueron llamados. Estos, pues, al final se perdieron para Dios. Y ves que ni uno solo de ellos se arrepintió, aunque oyeron las palabras que les dije, las que te impuse a ti. De tales se apartó la vida. Y los que las entregaron marchitas y sin descomponerse, estos también estaban cerca de los primeros; pues eran hipócritas e introductores de doctrinas extrañas y subvertidores de los siervos de Dios, especialmente de los que habían pecado, no permitiéndoles arrepentirse, sino persuadiéndolos con necias doctrinas. Estos, pues, tienen esperanza de arrepentimiento. Y ves que muchos de ellos también se han arrepentido desde que les hablé, y aún se arrepentirán. Pero todos los que no se arrepientan han perdido su vida; y en cuanto a los que se arrepintieron, se volvieron buenos, y su morada fue asignada dentro de las primeras murallas; y algunos ascendieron incluso a la torre. Ves, pues», dijo, «que el arrepentimiento entraña vida para los pecadores, pero la falta de arrepentimiento, muerte».

CAPÍTULO VII

«Y los que entregaron las ramas a medias marchitas y con grietas, escucha también sobre ellos. Los que tenían las ramas a medias marchitas en la mis-

ma proporción son los vacilantes; porque ni viven ni están muertos. Y los que las tienen a medias marchitas y con grietas son tanto vacilantes como calumniadores, que murmuran de los ausentes, y nunca están en paz unos con otros, sino siempre en discordia. Y sin embargo a estos también», continuó, «el arrepentimiento es posible. Ves», dijo él, «que algunos de ellos se han arrepentido, y queda aún en ellos», continuó, «una esperanza de arrepentimiento. Y los que de ellos», añadió, «se hayan arrepentido, tendrán su morada en la torre. Y los que de ellos hayan sido más lentos en arrepentirse morarán dentro de las murallas. Y los que no se arrepientan en absoluto y persistan en sus obras perecerán por completo. Y los que entregaron sus ramas verdes y con grietas eran siempre fieles y buenos, aunque rivales entre sí por los primeros puestos y por la fama: pero todos estos son necios al entregarse a tal rivalidad. Sin embargo estos también, siendo naturalmente buenos, al oír mis mandamientos se purificaron y pronto se arrepintieron. Su morada, pues, está en la torre. Pero si alguno recae en la rivalidad, será echado fuera de la torre y perderá su vida. La vida es posesión de todos los que guardan los mandamientos del Señor; pero en los mandamientos no hay rivalidad en cuanto a los primeros puestos ni gloria de ningún tipo, sino en cuanto a la paciencia y la humildad personal. Entre tales personas, pues, está la vida del Señor, pero entre los contenciosos y los transgresores, la muerte».

CAPÍTULO VIII

«Y los que entregaron sus ramas a medias verdes y a medias marchitas son los que están inmersos en los negocios y no se unen a los santos. Por este motivo, la mitad de ellos está viva y la otra mitad muerta. Muchos, pues, al oír mis mandamientos, se arrepintieron, y los que al menos se arrepintieron tuvieron su morada en la torre. Pero algunos de ellos al final se apartaron: estos, pues, no tienen arrepentimiento, porque a causa de sus negocios blasfemaron al Señor y le negaron. Perdieron, pues, su vida por la maldad que cometieron. Y muchos de ellos dudaron. Estos aún tienen el arrepentimiento

en su poder si se arrepienten rápidamente; y su morada estará en la torre. Pero si son más lentos en arrepentirse, morarán dentro de las murallas; y si no se arrepienten, estos también han perdido su vida. Y los que entregaron sus ramas con dos tercios marchitos y un tercio verde son los que negaron al Señor de diversas maneras. Muchos, sin embargo, se arrepintieron, pero algunos vacilaron y estuvieron en duda. Estos, pues, tienen el arrepentimiento a su alcance si se arrepienten rápidamente, y no permanecen en sus placeres; pero si persisten en sus obras, estos también se labran la muerte».

CAPÍTULO IX

«Y los que devolvieron sus ramas con dos tercios verdes y un tercio marchito son los que fueron ciertamente fieles; pero después de haber adquirido riquezas y haciéndose distinguidos entre los paganos, se revistieron de gran soberbia, se volvieron arrogantes, y abandonaron la verdad, y no se unieron a los justos, sino que vivieron con los paganos, y este modo de vida les resultó más agradable. Sin embargo, no se apartaron de Dios, sino que permanecieron en la fe, aunque sin practicar las obras de la fe. Muchos de ellos, pues, se arrepintieron, y su morada estuvo en la torre. Y otros que siguieron viviendo hasta el final con los paganos, y que fueron corrompidos por sus vanas glorias, se apartaron de Dios, sirviendo las obras y las acciones de los paganos. Estos fueron contados entre los paganos. Pero otros de ellos vacilaron, sin esperanza de ser salvados a causa de los hechos que habían cometido; mientras que otros estuvieron en duda y causaron divisiones entre sí mismos. A los que, pues, estuvieron en duda a causa de sus hechos, el arrepentimiento les está aún abierto; pero su arrepentimiento debe ser rápido, para que su morada esté en la torre. Y para los que no se arrepienten y persisten en sus placeres, la muerte está cerca».

CAPÍTULO X

«Y los que entregan sus ramas verdes, pero con las puntas marchitas y con grietas, estos fueron siempre buenos y fieles y distinguidos ante Dios; pero pecaron un muy poco complaciéndose en pequeños deseos y poniéndose pequeñas faltas entre sí. Pero al oír mis palabras la mayor parte de ellos se arrepintió pronto, y su morada estuvo en la torre. Sin embargo, algunos de ellos estuvieron en duda; y ciertos que estuvieron en duda provocaron mayor disensión. Entre estos, pues, hay esperanza de arrepentimiento, porque siempre fueron buenos; y difícilmente perecerá alguno de ellos. Y los que entregaron sus ramas marchitas, pero teniendo una parte muy pequeña verde, son los que creyeron solamente, pero continúan practicando obras de iniquidad. Sin embargo, nunca se apartaron de Dios, sino que llevaron con alegría su nombre, y recibieron con gozo a sus siervos en sus casas. Habiendo, pues, oído hablar de este arrepentimiento, se arrepintieron sin vacilación, y practican toda virtud y justicia; y algunos de ellos incluso sufrieron, siendo muertos de buen grado, sabiendo las obras que habían cometido. De todos estos, pues, la morada estará en la torre».

CAPÍTULO XI

Y después de haber terminado las explicaciones de todas las ramas, me dijo: «Ve y díselas a todos, para que se arrepientan y vivirán para Dios. Porque el Señor, habiendo tenido compasión de todos los hombres, me ha enviado a dar el arrepentimiento, aunque algunos no son dignos de él a causa de sus obras; pero el Señor, siendo longánime, desea que los que fueron llamados por su Hijo sean salvos». Le dije: «Señor, espero que todos los que las hayan oído se arrepientan; porque estoy persuadido de que cada uno, al llegar al conocimiento de sus propias obras y temer al Señor, se arrepentirá».

Me respondió y dijo: «Todos los que con todo su corazón se purifiquen de sus maldades antes enumeradas y no añadan nada a sus pecados, recibirán del Señor la curación de sus transgresiones pasadas, si no vacilan en estos mandamientos; y vivirán para Dios. Pero tú camina en mis mandamientos y vive». Habiéndome mostrado estas cosas y dicho todas estas palabras, me dijo: «Y el resto te lo mostraré dentro de unos días».

NOVENA PARÁBOLA

LOS GRANDES MISTERIOS EN LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA MILITANTE Y TRIUNFANTE

CAPÍTULO I

Después de haber escrito los mandamientos y las parábolas del Pastor, el ángel del arrepentimiento, vino a mí y dijo: «Deseo explicarte lo que el Espíritu Santo que te habló bajo la forma de la Iglesia te mostró, porque ese Espíritu es el Hijo de Dios. Pues, como eras algo débil en la carne, no te fue explicado por el ángel. Cuando, sin embargo, fuiste fortalecido por el Espíritu, y tu fuerza se acrecentó de manera que pudiste ver también al ángel, entonces fue mostrada la construcción de la torre por la Iglesia. De manera noble y solemne viste todo como si te lo mostrara una virgen; pero ahora lo ves por el mismo Espíritu como si te lo mostrara un ángel. Sin em-

bargo, debes aprenderlo todo de mí con mayor exactitud. Pues he sido enviado para este fin por el glorioso ángel, para morar en tu casa, a fin de que veas todas las cosas con poder, sin sentir ningún temor, tal como era antes». Y me llevó a la Arcadia, a una colina redondeada; y me colocó en la cima de la colina, y me mostró una gran llanura, y alrededor de la llanura doce montañas, todas de formas diferentes. La primera era negra como el hollín; la segunda pelada, sin hierba; la tercera llena de espinos y cardos; la cuarta con hierba a medias marchita, la parte superior de las plantas verde y las partes cerca de las raíces marchitas; y algunas de las hierbas, cuando el sol las abrasaba, se marchitaban. La quinta montaña tenía hierba verde y era abrupta. Y la sexta montaña estaba llena de grietas, algunas pequeñas y otras grandes; y las grietas eran herbosas, pero las plantas no eran muy vigorosas, sino más bien, como si estuvieran decaídas. La séptima montaña, a su vez, tenía pastizales alegres, y toda la montaña estaba floreciente, y toda clase de ganado y aves se alimentaban de la hierba de aquella montaña; y cuanto más comía el ganado y las aves, más florecía la hierba de aquella montaña. Y la octava montaña estaba llena de fuentes, y toda clase de criaturas del Señor bebían de las fuentes de aquella montaña. Pero la novena montaña no tenía agua en absoluto, era completamente un desierto, y tenía dentro de ella serpientes mortales que destruyen a los hombres. Y la décima montaña tenía árboles muy grandes y estaba completamente en sombra, y bajo la sombra de los árboles descansaban y rumiaban ovejas. Y la undécima montaña era muy espesa en arboleda, y aquellos árboles eran productivos, adornados con diversas clases de frutos, de modo que cualquiera que los viera desearía comer de sus frutos. La duodécima montaña, a su vez, era enteramente blanca, y su aspecto era alegre, y la montaña en sí misma era muy hermosa.

CAPÍTULO II

Y en el medio de la llanura me mostró una gran roca blanca que había surgido de la llanura. Y la roca era más alta que las montañas, de forma rec-

tangular, de modo que era capaz de contener el mundo entero; y aquella roca era antigua, teniendo una puerta tallada en ella; y el labrado de la puerta me parecía como si hubiera sido hecho recientemente. Y la puerta relucía de tal manera bajo los rayos del sol que me maravillaba del esplendor de la puerta; y alrededor de la puerta estaban de pie doce vírgenes. Las cuatro que estaban en las esquinas me parecían más distinguidas que las demás —todas eran, sin embargo, distinguidas—, y estaban de pie en las cuatro partes de la puerta; dos vírgenes entre cada parte. Y estaban vestidas con túnicas de lino, y ceñidas graciosamente, teniendo el hombro derecho descubierto, como si estuvieran a punto de llevar alguna carga. Así estaban listas; pues estaban sumamente alegres y dispuestas. Después de haber visto estas cosas, me maravillé en mí mismo, porque contemplaba cosas grandes y gloriosas. Y de nuevo me quedé perplejo por las vírgenes, porque, aunque tan delicadas, estaban de pie valientemente, como si fueran a sostener todo el cielo. Y el Pastor me dijo: «¿Por qué reflexionas en ti mismo y te embrollas la mente y te angustias? Las cosas que no puedes comprender no intentes entenderlas como si fueras sabio; sino pide al Señor que te dé entendimiento y las conozcas. No puedes ver lo que está detrás de ti, pero ves lo que está delante. Lo que, pues, no puedes ver, déjalo estar, y no te atormentes por ello; pero lo que ves, domínalo, y no malgastes tu esfuerzo en otras cosas; y yo te explicaré todo lo que te muestre. Mira, pues, a las cosas que restan».

CAPÍTULO III

Vi venir seis hombres, altos, distinguidos y semejantes en apariencia, y convocaron a una multitud de hombres. Y los que vinieron eran también hombres altos, hermosos y poderosos; y los seis hombres les mandaron edificar una torre sobre la roca. Y grande era el estruendo de aquellos hombres que vinieron a edificar la torre, mientras corrían de un lado a otro alrededor de la puerta. Y las vírgenes que estaban alrededor de la puerta decían a los hombres que se apresuraran a edificar la torre. Ahora bien, las vírgenes habían extendido sus manos, como si fueran a recibir algo de los hombres.

Y los seis hombres ordenaron que subieran piedras de cierto pozo y fueran a la construcción de la torre. Y subieron diez piedras relucientes rectangulares, no labradas en cantera. Y los seis hombres llamaron a las vírgenes y les mandaron que llevaran todas las piedras destinadas a la construcción y que pasaran por la puerta y las dieran a los hombres que estaban a punto de edificar la torre. Y las vírgenes pusieron unas sobre otras las diez primeras piedras que habían subido del pozo, y las llevaron juntas, cada piedra por sí sola.

CAPÍTULO IV

Y mientras estaban de pie juntas alrededor de la puerta, las que parecían más fuertes las llevaban, y se encorvaban bajo las esquinas de la piedra; y las demás se encorvaban bajo los lados de las piedras. Y de esta manera llevaron todas las piedras. Y las llevaron por la puerta como se les había mandado, y las dieron a los hombres para la torre; y estos tomaron las piedras y prosiguieron con la construcción. Ahora bien, la torre fue edificada sobre la gran roca, y sobre la puerta. Aquellas diez piedras fueron preparadas como el cimiento para la construcción de la torre. Y la roca y la puerta eran el sostén de toda la torre. Y después de las diez piedras subieron otras veinticinco del pozo, y estas fueron encajadas en el edificio de la torre, siendo llevadas por las vírgenes como antes. Y después de estas subieron treinta y cinco. Y estas de igual modo fueron encajadas en la torre. Y después de estas subieron otras cuarenta piedras; y todas estas fueron echadas en la construcción de la torre, y había cuatro filas en el cimiento de la torre, y cesaron de subir del pozo. Y los constructores también se detuvieron por un momento. Y de nuevo los seis hombres mandaron a la multitud que acarreará piedras de las montañas para la construcción de la torre. Fueron acarreadas, pues, de todas las montañas de diversos colores, y siendo labradas por los hombres fueron dadas a las vírgenes; y las vírgenes las llevaron por la puerta y las dieron para la construcción de la torre. Y cuando las piedras de diversos colores fueron colocadas en el edificio, todas se volvieron blan-

cas por igual y perdieron sus diferentes colores. Y ciertas piedras fueron dadas por los hombres para la construcción, y estas no se volvieron relucientes; sino que tal como fueron colocadas, tal también se hallaron que permanecían: porque no habían sido dadas por las vírgenes ni llevadas por la puerta. Estas piedras, pues, no armonizaban con las demás en el edificio de la torre. Y los seis hombres, al ver estas piedras inconvenientes en el edificio, les mandaron que fueran sacadas y llevadas de vuelta a su propio lugar de donde habían sido tomadas; y siendo sacadas una a una, fueron puestas aparte; y decían a los hombres que habían traído las piedras: «No traigáis piedras en absoluto para el edificio, sino ponedlas junto a la torre, para que las vírgenes las lleven por la puerta y las den para el edificio. Porque si no son llevadas por la puerta por las manos de las vírgenes, no pueden cambiar de color: no os esforcéis, pues», dijeron, «en vano».

CAPÍTULO V

Y aquel día se terminó el trabajo de construcción, pero la torre no quedó completada; pues estaba a punto de añadirse más construcción, y hubo una pausa en la edificación. Y los seis hombres mandaron a todos los constructores que se retiraran un poco y descansaran, pero ordenaron a las vírgenes que no se alejaran de la torre; y me pareció que las vírgenes habían sido dejadas para guardar la torre. Ahora bien, después de que todos se hubieron retirado y estaban descansando, le dije al Pastor: «¿Cuál es el motivo de que la construcción de la torre no se haya terminado?». «La torre», respondió, «no puede terminarse todavía, hasta que el Señor de ella venga y examine el edificio, para que si alguna de las piedras se halla deteriorada, la cambie: porque la torre se construye según su voluntad». «Me gustaría saber, señor», dije yo, «qué significa la construcción de esta torre, y qué significan la roca y la puerta, y las montañas, y las vírgenes, y las piedras que subieron del pozo y que no fueron labradas, sino que llegaron tal como estaban a la construcción. ¿Por qué, en primer lugar, fueron colocadas diez piedras en el cimiento, luego veinticinco, luego treinta y cinco, luego cuarenta? Y deseo

saber también acerca de las piedras que fueron a la construcción y fueron sacadas de nuevo y devueltas a su propio lugar. Ponme en paz la mente acerca de todas estas cosas, señor, y explícamelas». «Si no te encuentran curioso respecto a trivialidades», respondió, «lo sabrás todo. Pues dentro de unos días vendremos aquí y verás las demás cosas que le suceden a esta torre, y conocerás con exactitud todas las parábolas». Pasados unos días llegamos al lugar donde nos habíamos sentado. Y me dijo: «Vamos a la torre; porque el dueño de la torre viene a examinarla». Y llegamos a la torre, y no había nadie en absoluto cerca de ella, salvo las vírgenes solas. Y el Pastor preguntó a las vírgenes si quizás había venido el dueño de la torre; y respondieron que estaba a punto de venir a examinar el edificio.

CAPÍTULO VI

Y he aquí que después de un momento veo llegar una comitiva de muchos hombres, y en medio de ellos un hombre de estatura tan notable que sobrepasaba la torre. Y los seis hombres que habían trabajado en el edificio estaban con él, y muchos otros hombres honorables estaban a su alrededor. Y las vírgenes que custodiaban la torre corrieron hacia él y le besaron, y comenzaron a caminar junto a él alrededor de la torre. Y aquel hombre examinó el edificio cuidadosamente, palpando cada piedra por separado; y sosteniendo una vara en la mano, golpeó cada piedra del edificio tres veces. Y cuando las golpeó, algunas de ellas se volvieron negras como el hollín, y algunas parecían como cubiertas de costras, y algunas se agrietaron, y algunas quedaron mutiladas, y otras ni blancas ni negras, y otras rugosas y sin armonizar con las demás piedras, y algunas con muchas manchas: tales eran las variedades de piedras deterioradas que se hallaron en el edificio. Mandó que todas estas fueran sacadas de la torre y puestas junto a ella, y que se trajeran otras piedras y se pusieran en su lugar. Y los constructores le preguntaron de qué montaña deseaba que fueran traídas para ponerse en su lugar. Y no mandó que fueran traídas de las montañas, sino que ordenó que fueran traídas de cierta llanura que estaba cerca. Y la llanura fue excavada, y se

hallaron piedras rectangulares relucientes, y algunas también de forma redondeada; y todas las piedras que había en aquella llanura fueron traídas y llevadas por las vírgenes por la puerta. Y las piedras rectangulares fueron labradas y puestas en lugar de las que fueron sacadas; pero las piedras redondeadas no fueron puestas en el edificio, porque eran difíciles de labrar y parecían ceder lentamente al cincel; sin embargo, fueron depositadas junto a la torre, como si fuera a labrárselas y usárselas en el edificio, porque eran sobremanera brillantes.

CAPÍTULO VII

El glorioso hombre, el señor de toda la torre, habiendo terminado así estas modificaciones, llamó al Pastor y le entregó todas las piedras que yacían junto a la torre, que habían sido rechazadas del edificio, y le dijo: «Limpia cuidadosamente todas estas piedras, y aparta para el edificio de la torre las que puedan armonizar con las demás; y las que no, arrójolas lejos de la torre». Habiendo dado estas órdenes al Pastor, se marchó de la torre con todos los que había venido. Ahora bien, las vírgenes estaban de pie alrededor de la torre, custodiándola. Le dije de nuevo al Pastor: «¿Pueden estas piedras volver al edificio de la torre, después de haber sido rechazadas?». Me respondió y dijo: «¿Ves estas piedras?». «Las veo, señor», le respondí. «La mayor parte de estas piedras», dijo él, «las labraré y las pondré en el edificio, y armonizarán con las demás».

«¿Cómo, señor», dije yo, «pueden, después de haber sido cortadas por todas partes, llenar el mismo espacio?». Respondió: «Las que se hallen pequeñas serán puestas en el interior del edificio, y las que sean más grandes serán colocadas en el exterior, y las sostendrán». Habiendo dicho estas palabras, me dijo: «Marchémonos, y dentro de dos días volvamos a limpiar estas piedras y a echarlas en el edificio; porque todo lo que hay alrededor de la torre debe ser limpiado, no sea que el Señor venga de repente y encuentre los lugares alrededor de la torre sucios, y se disguste, y estas piedras no sean devueltas para la construcción de la torre, y yo también parezca negli-

gente para con el Señor». Y dos días después llegamos a la torre, y me dijo: «Examinemos todas las piedras y comprobemos cuáles pueden volver al edificio». Le dije: «Señor, examinémoslas».

CAPÍTULO VIII

Y comenzando, primero examinamos las piedras negras: y tal como habían sido sacadas del edificio, así se hallaron que continuaban; y el Pastor mandó que fueran apartadas de la torre y puestas aparte. A continuación examinó las que tenían costras; y tomó y labró muchas de estas, y mandó a las vírgenes que las tomaran y las echaran en el edificio. Y las vírgenes las levantaron y las pusieron en el interior del edificio de la torre. Y las restantes las mandó poner junto a las negras; pues también estas se hallaron que eran negras. A continuación examinó las que tenían grietas; y labró muchas de estas, y mandó que fueran llevadas por las vírgenes al edificio: y fueron puestas en el exterior, porque se hallaron más sanas que las demás; pero las restantes, a causa de la multitud de las grietas, no pudieron ser labradas, y por esta razón, pues, fueron rechazadas del edificio de la torre. A continuación examinó las piedras desportilladas, y entre estas se hallaron muchas negras, y algunas con grandes grietas. Y a estas también les mandó que fueran puestas junto a las que habían sido rechazadas. Pero las restantes, después de haber sido limpiadas y labradas, las mandó colocar en el edificio. Y las vírgenes las tomaron y las encajaron en el interior del edificio de la torre, pues eran algo débiles. A continuación examinó las que eran a medias blancas y a medias negras, y muchas de ellas se hallaron negras. Y a estas también les mandó que fueran llevadas junto a las que habían sido rechazadas. Y las restantes fueron llevadas todas por las vírgenes; pues, siendo blancas, las vírgenes mismas las encajaron en el edificio. Y fueron colocadas en el exterior, porque se hallaron sanas, de modo que podían sostener las que habían sido puestas en el interior, pues ninguna parte de ellas estaba desportillada. A continuación examinó las que eran rugosas y duras; y algunas de ellas fueron rechazadas porque no podían ser labradas, al hallarse ex-

tremadamente duras. Pero las restantes de ellas fueron labradas y llevadas por las vírgenes, y encajadas en el interior del edificio de la torre; pues eran algo débiles. A continuación examinó las que tenían manchas; y de estas muy pocas eran negras y fueron puestas aparte con las demás; pero la mayor parte se hallaron brillantes, y estas fueron encajadas por las vírgenes en el edificio, pero a causa de su fortaleza fueron colocadas en el exterior.

CAPÍTULO IX

A continuación pasó a examinar las piedras blancas y redondeadas, y me dijo: «¿Qué hacemos con estas piedras?». «¿Cómo lo sé yo, señor?», le respondí. «¿No tienes ninguna intención respecto a ellas?». «Señor», respondí, «no soy versado en este arte, ni soy cantero, ni puedo decir». «¿No ves», dijo él, «que son sobremanera redondeadas? Y si deseo hacerlas rectangulares, ha de cortarse una gran porción de ellas; porque algunas de ellas deben por necesidad ser puestas en el edificio». «Si, pues», dije yo, «deben serlo, ¿por qué te atormentas, y no eliges de una vez para el edificio las que prefieres, y las encajas en él?». Escogió las más grandes entre ellas, y las brillantes, y las labró; y las vírgenes las llevaron y las encajaron en las partes exteriores del edificio. Y las restantes que quedaron sobrantes fueron llevadas y puestas en la llanura de donde habían sido traídas. Sin embargo no fueron rechazadas, «porque», dijo él, «queda aún por añadir un poco más de construcción a la torre. Y el señor de esta torre desea que todas las piedras sean encajadas en el edificio, porque son sobremanera brillantes». Y fueron llamadas doce mujeres, de formas muy hermosas, vestidas de negro y con el cabello desordenado. Y estas mujeres me parecían feroces. Pero el Pastor les mandó que levantaran las piedras que habían sido rechazadas del edificio y las llevaran a las montañas de donde habían sido traídas. Y estaban alegres, y llevaron todas las piedras, y las pusieron en el lugar de donde habían sido tomadas. Ahora bien, después de que todas las piedras hubieron sido retiradas, y ya no había ni una sola tirada alrededor de la torre, dijo: «Demos la vuelta a la torre y veamos, no sea que haya algún defecto en

ella». Así que di la vuelta a la torre junto con él. Y el Pastor, al ver que la torre estaba hermosamente edificada, se alegró sobremanera; porque la torre estaba construida de tal manera que, al verla, yo anhelaba el edificio de ella, pues estaba construida como si fuera de una sola piedra, sin ninguna juntura. Y la piedra parecía como si estuviera labrada de la roca; teniendo para mí la apariencia de un monolito.

CAPÍTULO X

Y mientras paseaba con él, estaba lleno de alegría al contemplar tantas cosas excelentes. Y el Pastor me dijo: «Ve y trae cal apagada y arcilla bien cocida, para que rellene las formas de las piedras que fueron sacadas y echadas en el edificio; porque todo en torno a la torre debe estar liso». Y lo hice como me mandó, y se lo traje. «Ayúdame», dijo, «y la obra pronto estará terminada». Rellenó, pues, las formas de las piedras que habían sido devueltas al edificio, y mandó que los lugares alrededor de la torre fueran barridos y limpiados; y las vírgenes tomaron escobas y barrieron el lugar, y sacaron toda la suciedad fuera de la torre, y trajeron agua, y el suelo alrededor de la torre se volvió alegre y muy hermoso. El Pastor me dice: «Todo ha sido limpiado; si el señor de la torre viene a inspeccionarla, no puede hallar en nosotros ninguna falta». Habiendo pronunciado estas palabras, deseaba marcharse; pero le agarré de la alforja y comencé a conjurarle por el Señor que me explicara lo que me había mostrado. Me dijo: «Debo descansar un poco, y entonces te explicaré todo; espérame aquí hasta que vuelva». Le dije: «Señor, ¿qué puedo hacer aquí solo?». «No estás solo», dijo, «porque estas vírgenes están contigo». «Encomiéndame a ellas, pues», le respondí. El Pastor las llamó y les dijo: «Os encomiendo a este hasta que vuelva», y se marchó. Y me quedé solo con las vírgenes; y estas estaban bastante alegres, pero eran amables conmigo, especialmente las cuatro más distinguidas.

CAPÍTULO XI

Las vírgenes me dijeron: «El Pastor no viene aquí hoy». «¿Qué he de hacer entonces?», dije yo. Respondieron: «Espéralo hasta que venga; y si viene, conversará contigo, y si no viene, permanecerás aquí con nosotras hasta que venga». Les dije: «Le esperaré hasta que sea tarde; y si no llega, me iré a la casa, y volveré temprano por la mañana». Y respondieron y me dijeron: «Fuiste encomendado a nosotras; no puedes alejarte de nosotras». «¿Dónde he de quedarme, pues?», dije yo. «Dormirás con nosotras», respondieron, «como un hermano, no como un esposo: pues eres nuestro hermano, y de aquí en adelante tenemos intención de morar contigo, ¡porque te amamos sobremanera!». Pero me avergonzaba quedarme con ellas. Y la que parecía ser la primera entre ellas comenzó a besarme. Y las demás al verla besarme, también comenzaron a besarme, y a llevarme alrededor de la torre y a jugar conmigo. Y yo también me volví como un joven y comencé a jugar con ellas; porque algunas de ellas formaban un coro, y otras bailaban, y otras cantaban; y yo, guardando silencio, caminé con ellas alrededor de la torre y estaba alegre con ellas. Y cuando anocheció quise ir a la casa; pero no me lo permitieron, sino que me retuvieron. Así que me quedé con ellas durante la noche, y dormí junto a la torre. Las vírgenes extendieron sus túnicas de lino en el suelo y me hicieron recostar en medio de ellas; y no hacían nada en absoluto más que orar; y yo sin cesar oraba con ellas, y no menos que ellas. Y las vírgenes se alegraron de que yo orara así. Y permanecí allí con las vírgenes hasta el día siguiente a la segunda hora. Entonces volvió el Pastor y dijo a las vírgenes: «¿Le habéis hecho algún agravio?». «Pregúntale a él», dijeron. Les dije: «Señor, me alegré de haberme quedado con ellas». «¿De qué os sustentasteis?», preguntó. «Me sustenté, señor», le respondí, «de las palabras del Señor toda la noche». «¿Os recibieron bien?», preguntó. «Sí, señor», respondí. «Ahora», dijo, «¿qué deseas oír primero?». «Deseo oírlo», dije, «en el orden en que me lo mostraste desde el principio. Te ruego, señor, que según te pregunte, así también me des la explicación». «Como deseas», respondió, «así también te lo explicaré, y no te ocultaré nada en absoluto».

CAPÍTULO XII

«Ante todo, señor», dije yo, «explícame esto: ¿Qué significa la roca y la puerta?». «Esta roca», respondió, «y esta puerta son el Hijo de Dios». «¿Cómo, señor?», dije yo; «la roca es antigua, y la puerta es nueva». «Escucha», dijo, «y comprende, oh ignorante. El Hijo de Dios es más antiguo que todas sus criaturas, de modo que fue consejero del Padre en su obra de creación: por eso es antiguo». «¿Y por qué es nueva la puerta, señor?», dije yo. «Porque», respondió, «se manifestó en los últimos días de la dispensación: por eso la puerta fue hecha nueva, para que los que han de ser salvados por ella puedan entrar en el reino de Dios. Viste», dijo, «que las piedras que entraron por la puerta fueron utilizadas para la construcción de la torre, y que las que no entraron fueron echadas de nuevo a su propio lugar». «Sí lo vi, señor», respondí. «Del mismo modo», continuó, «nadie entrará en el reino de Dios a menos que reciba su santo nombre. Porque si deseas entrar en una ciudad, y esa ciudad está rodeada de una muralla, y tiene solo una puerta, ¿puedes entrar en esa ciudad sino por la puerta que tiene?». «¿Cómo puede ser de otro modo, señor?», dije yo. «Si, pues, no puedes entrar en la ciudad sino por su puerta, así también, de igual modo, un hombre no puede de otro modo entrar en el reino de Dios que por el nombre de su amado Hijo. Viste», añadió, «la multitud que estaba edificando la torre». «Sí la vi, señor», dije yo. «Esos», dijo, «son todos ángeles gloriosos, y por ellos, pues, está rodeado el Señor. Y la puerta es el Hijo de Dios. Esta es la única entrada al Señor. De ninguna otra manera, pues, entrará alguien a Él sino por su Hijo. Viste», continuó, «a los seis hombres, y al hombre alto y glorioso en medio de ellos, que recorrió la torre y rechazó las piedras del edificio». «Le vi, señor», respondí. «El hombre glorioso», dijo, «es el Hijo de Dios, y esos seis ángeles gloriosos son los que le sostienen a la derecha y a la izquierda. Ninguno de estos ángeles gloriosos», continuó, «entrará ante Dios sin pasar por Él. Todo aquel que no reciba su nombre, no entrará en el reino de Dios».

CAPÍTULO XIII

«¿Y la torre», pregunté, «qué significa?». «Esta torre», respondió, «es la Iglesia». «¿Y estas vírgenes, quiénes son?». «Son espíritus santos, y los hombres no pueden de otro modo ser hallados en el reino de Dios a menos que estas les hayan puesto su vestidura: porque si recibes el nombre solamente, y no recibes de ellas la vestidura, de nada te sirve. Porque estas vírgenes son los poderes del Hijo de Dios. Si llevas su nombre pero no posees su poder, en vano llevas su nombre. Esas piedras», continuó, «que viste rechazadas llevaban su nombre pero no se pusieron la vestidura de las vírgenes». «¿Cuál es la naturaleza de su vestidura, señor?», pregunté. «Sus propios nombres», dijo, «son su vestidura. Todo el que lleva el nombre del Hijo de Dios debe llevar también los nombres de estas; porque el Hijo mismo lleva los nombres de estas vírgenes. Todas las piedras», continuó, «que viste entrar en la construcción de la torre por las manos de estas vírgenes, y que permanecieron, han sido revestidas de su fortaleza. Por eso ves que la torre se volvió de una sola piedra con la roca. Así también los que han creído en el Señor por su Hijo, y están revestidos de estos espíritus, se convertirán en un solo espíritu, en un solo cuerpo, y el color de sus vestiduras será uno. Y la morada de los que llevan los nombres de las vírgenes está en la torre». «Esas piedras, señor, que fueron rechazadas», pregunté, «¿por qué motivo fueron rechazadas? Porque pasaron por la puerta y fueron colocadas por las manos de las vírgenes en la construcción de la torre». «Puesto que te interesas por todo», respondió, «y examinas con detalle, escucha acerca de las piedras que fueron rechazadas. Todas estas», dijo, «recibieron el nombre de Dios, y recibieron también la fortaleza de estas vírgenes. Habiendo recibido, pues, estos espíritus, fueron fortalecidas y estaban con los siervos de Dios; y era un solo espíritu, y un solo cuerpo, y una sola vestidura. Porque eran de la misma mente y practicaban la justicia. Pasado cierto tiempo, sin embargo, fueron persuadidas por las mujeres que viste vestidas de negro y con los hombros descubiertos y el cabello desordenado y hermosas de aspecto. Habiendo visto a estas mujeres, las desearon y se revistieron de su fortaleza, y se despojaron de la fortaleza de las vírgenes. Estas, pues, fueron rechazadas de la casa de Dios y entregadas a estas mujeres. Pero los

que no fueron engañados por la hermosura de estas mujeres permanecieron en la casa de Dios. Tienes», dijo, «la explicación de los que fueron rechazados».

CAPÍTULO XIV

«¿Qué ocurre, pues, señor», dije yo, «si estos hombres, siendo tal como son, se arrepienten y desechan sus deseos hacia estas mujeres, y vuelven de nuevo a las vírgenes, y caminan en su fortaleza y en sus obras, ¿no entrarán en la casa de Dios?». «Entrarán», dijo, «si desechan las obras de estas mujeres y se revisten de nuevo de la fortaleza de las vírgenes, y caminan en sus obras. Porque por este motivo hubo una pausa en la construcción, a fin de que, si estos se arrepienten, puedan pasar al edificio de la torre. Pero si no se arrepienten, entonces vendrán otros en su lugar, y estos al final serán echados fuera». Por todas estas cosas di gracias al Señor, porque tuvo piedad de todos los que invocan su nombre; y envió el ángel del arrepentimiento a los que pecaron contra Él, y renovó nuestro espíritu; y cuando ya estábamos destruidos y no teníamos esperanza de vida, Él nos restauró a la novedad de vida. «Ahora, señor», continué, «muéstrame por qué la torre no fue edificada sobre el suelo, sino sobre la roca y sobre la puerta».

«¿Sigues», dijo, «sin sentido y sin entendimiento?». «Debo, señor», dije yo, «preguntarte acerca de todas las cosas, porque soy enteramente incapaz de comprenderlas; pues todas estas cosas son grandes y gloriosas, y difíciles para el hombre de comprender». «Escucha», dijo: «el nombre del Hijo de Dios es grande, y no puede ser contenido, y sostiene al mundo entero. Si, pues, toda la creación es sostenida por el Hijo de Dios, ¿qué pensáis de los que son llamados por Él y llevan el nombre del Hijo de Dios y caminan en sus mandamientos? ¿Ves qué clase de personas sostiene? Los que llevan su nombre de todo corazón. Él mismo, pues, se convirtió en cimiento para ellos, y los sostiene con alegría, porque no se avergüenzan de llevar su nombre».

CAPÍTULO XV

«Explícame, señor», dije yo, «los nombres de estas vírgenes y de aquellas mujeres que iban vestidas con ropas negras». «Escucha», dijo, «los nombres de las vírgenes más fuertes que estaban en las esquinas. La primera es Fe, la segunda Continencia, la tercera Poder, la cuarta Paciencia. Y las demás que estaban en medio de estas tienen los siguientes nombres: Sencillez, Inocencia, Pureza, Alegría, Verdad, Entendimiento, Concordia, Amor. El que lleva estos nombres y el del Hijo de Dios podrá entrar en el reino de Dios. Escucha también», continuó, «los nombres de las mujeres que tenían las vestiduras negras; y de estas cuatro son más fuertes que las demás. La primera es Incredulidad, la segunda Incontinencia, la tercera Desobediencia, la cuarta Engaño. Y sus seguidoras se llaman Tristeza, Maldad, Desenfreno, Ira, Falsedad, Necedad, Maledicencia, Odio. El siervo de Dios que lleve estos nombres verá ciertamente el reino de Dios, pero no entrará en él». «¿Y las piedras, señor», dije yo, «que fueron sacadas del pozo y encajadas en el edificio: qué son?». «Las primeras», dijo, «las diez, que fueron puestas como cimiento, son la primera generación; y las veinticinco son la segunda generación de hombres justos; y las treinta y cinco son los profetas de Dios y sus ministros; y las cuarenta son los apóstoles y maestros de la predicación del Hijo de Dios». «¿Por qué, pues, señor», pregunté, «llevaron las vírgenes también estas piedras por la puerta y las dieron para la construcción de la torre?». «Porque», respondió, «estas fueron las primeras en llevar estos espíritus, y nunca se apartaron unos de otros, ni los espíritus de los hombres ni los hombres de los espíritus, sino que los espíritus permanecieron con ellos hasta su tránsito. Y si no hubieran tenido estos espíritus con ellos, no habrían sido de utilidad para la construcción de esta torre».

CAPÍTULO XVI

«Explícame un poco más, señor», dije yo. «¿Qué es lo que deseas?», preguntó. «¿Por qué, señor», dije yo, «subieron estas piedras del pozo y fueron aplicadas a la construcción de la torre, habiendo llevado estos espíritus?». «Estaban obligadas», respondió, «a subir por el agua a fin de ser vivificadas; porque no podían de ninguna otra manera entrar en el reino de Dios si no dejaban a un lado la muerte de su vida. Así pues, los que también durmieron recibieron el sello del Hijo de Dios. Pues», continuó, «antes de que un hombre lleve el nombre del Hijo de Dios está muerto; pero cuando recibe el sello, deja a un lado su muerte y obtiene la vida. El sello, pues, es el agua: descenden al agua muertos, y salen vivos. Y a estos, pues, les fue predicado este sello, y se valieron de él para entrar en el reino de Dios». «¿Por qué, señor», pregunté, «subieron también con ellos del pozo las cuarenta piedras, habiendo recibido ya el sello?». «Porque», dijo, «estos apóstoles y maestros que predicaron el nombre del Hijo de Dios, después de dormir en el poder y la fe del Hijo de Dios, predicaron también a los que habían dormido, y ellos mismos también les dieron el sello de la predicación. Descendieron, pues, con ellos al agua, y volvieron a subir. Pero estos descendieron vivos y volvieron a subir vivos; mientras que los que habían dormido previamente descendieron muertos, pero volvieron a subir vivos. Por estos, pues, fueron vivificados y llegaron a conocer el nombre del Hijo de Dios. Por este motivo también subieron con ellos, y fueron encajados junto con ellos en el edificio de la torre, y, sin necesidad del cincel, fueron edificados junto con ellos. Porque durmieron en justicia y en gran pureza, solo que no tenían este sello. Tienes, pues, también la explicación de estos».

CAPÍTULO XVII

«Lo entiendo, señor», le respondí. «Ahora, señor», continué, «explícame, respecto a las montañas, por qué sus formas son variadas y diversas».

«Escucha», dijo: «estas montañas son las doce tribus que habitan el mundo entero. El Hijo de Dios, pues, les fue predicado por los apóstoles». «Pero ¿por qué son las montañas de diversas clases, teniendo unas una forma y otras otra? Explícame eso, señor». «Escucha», respondió: «estas doce tribus que habitan el mundo entero son doce naciones. Y varían en prudencia y entendimiento. Así como, pues, son numerosas las variedades de las montañas que viste, así también son las diversidades de mente y entendimiento entre estas naciones. Y te explicaré las acciones de cada una». «Ante todo, señor», dije yo, «explícame esto: por qué, siendo las montañas tan diversas, sus piedras, cuando son colocadas en el edificio, se volvieron de un solo color, relucientes como también las que habían subido del pozo». «Porque», dijo, «todas las naciones que habitan bajo el cielo fueron llamadas al oír y creer en el nombre del Hijo de Dios. Habiendo, pues, recibido el sello, tuvieron un solo entendimiento y una sola mente; y su fe se volvió una, y su amor uno, y junto con el nombre llevaron también los espíritus de las vírgenes. Por eso la construcción de la torre se volvió de un solo color, brillante como el sol. Pero después de haber entrado en el mismo lugar y formado un solo cuerpo, ciertos de estos se contaminaron, y fueron expulsados de la raza de los justos, y se volvieron de nuevo lo que eran antes, o más bien peores».

CAPÍTULO XVIII

«¿Cómo, señor», dije yo, «se volvieron peores después de haber conocido a Dios?». «El que no conoce a Dios», respondió, «y practica el mal, recibe

cierto castigo por su maldad; pero el que ha conocido a Dios ya no debe hacer el mal, sino hacer el bien. Si, pues, cuando debe hacer el bien, hace el mal, ¿no parece hacer mayor mal que el que no conoce a Dios? Por esta razón, los que no han conocido a Dios y hacen el mal son condenados a muerte; pero los que han conocido a Dios y han visto sus poderosas obras y aún continúan en el mal serán castigados doblemente, y morirán para siempre. De esta manera, pues, será purificada la Iglesia de Dios. Pues así como viste sacar las piedras de la torre y entregadas a los espíritus malignos y arrojadas fuera, así también serán arrojadas fuera, y habrá un solo cuerpo de los purificados; como la torre también se volvió, como si dijéramos, de una sola piedra después de su purificación. De igual manera también lo será con la Iglesia de Dios, después de que haya sido purificada, y haya rechazado a los malvados, y a los hipócritas, y a los blasfemos, y a los vacilantes, y a los que cometen maldades de diversas clases. Después de que estos hayan sido arrojados fuera, la Iglesia de Dios será un solo cuerpo, de una sola mente, de un solo entendimiento, de una sola fe, de un solo amor. Y entonces el Hijo de Dios estará sobremanera alegre, y se regocijará por ellos, porque ha recibido a su pueblo puro». «Todas estas cosas, señor», dije yo, «son grandes y gloriosas.

»Además, señor», dije, «explícame el poder y las obras de cada una de las montañas, para que toda alma, confiando en el Señor y oyéndolo, glorifique su nombre grande, y maravilloso, y glorioso». «Escucha», dijo, «la diversidad de las montañas y de las doce naciones».

CAPÍTULO XIX

«De la primera montaña, que era negra, los que creyeron son los siguientes: apóstatas y blasfemos contra el Señor, y traidores de los siervos de Dios. Para estos el arrepentimiento no está abierto; sino que la muerte está ante ellos, y por eso también son negros, porque su raza es una raza sin ley. Y de la segunda montaña, que estaba pelada, los que creyeron son los siguientes: hipócritas y maestros de la maldad. Y estos, pues, son como los anteriores,

no teniendo ningunos frutos de justicia; porque así como su montaña estaba desprovista de fruto, así también tales hombres tienen un nombre ciertamente, pero están vacíos de fe, y no hay fruto de verdad en ellos. Estos ciertamente tienen el arrepentimiento en su poder, si se arrepienten rápidamente; pero si son lentos en hacerlo, morirán junto con los anteriores». «¿Por qué, señor», dije yo, «tienen estos el arrepentimiento y los anteriores no? Porque sus obras son casi las mismas». «Por este motivo», dijo, «tienen estos el arrepentimiento, porque no blasfemaron a su Señor ni se convirtieron en traidores de los siervos de Dios; sino que por su deseo de posesiones se volvieron hipócritas, y cada uno enseñó según los deseos de los hombres que eran pecadores. Pero sufrirán cierto castigo; y el arrepentimiento está ante ellos, porque no fueron blasfemos ni traidores».

CAPÍTULO XX

«Y de la tercera montaña, que tenía espinos y cardos, los que creyeron son los siguientes. Los hay ricos, y otros inmersos en muchos negocios. Los cardos son los ricos, y los espinos son los que están inmersos en muchos negocios. Los que, pues, están enredados en muchos negocios de diversa índole no se unen a los siervos de Dios, sino que se apartan, ahogados por sus transacciones comerciales; y los ricos se unen con dificultad a los siervos de Dios, temiendo que estos les pidan algo. Tales personas, pues, tendrán dificultad para entrar en el reino de Dios. Porque así como es desagradable caminar entre cardos con los pies desnudos, así también es difícil para tales personas entrar en el reino de Dios.

»Pero a todos estos el arrepentimiento, y pronto, está abierto, a fin de que lo que no hicieron en tiempos anteriores lo compensen en estos días y hagan algún bien, y vivirán para Dios. Pero si persisten en sus obras, serán entregados a aquellas mujeres que los pondrán a muerte».

CAPÍTULO XXI

«Y de la cuarta montaña, que tenía mucha hierba, verde la parte superior de las plantas y marchita la parte cerca de las raíces, y algunas también abrasadas por el sol, los que creyeron son los siguientes: los indecisos, y los que tienen al Señor en sus labios pero no en su corazón. Por esto sus cimientos están marchitos y no tienen fortaleza, y solo sus palabras viven, mientras sus obras están muertas. Tales personas no están vivas ni muertas. Se parecen, pues, a los vacilantes: porque los vacilantes no están ni marchitos ni verdes, sin estar ni vivos ni muertos. Pues así como sus tallos, al ver el sol, se marchitaron, así también los vacilantes, cuando oyen hablar de aflicción, a causa de su miedo adoran ídolos y se avergüenzan del nombre de su Señor. Tales, pues, no están ni vivos ni muertos. Pero estos también pueden aún vivir si se arrepienten rápidamente; y si no se arrepienten, ya son entregados a las mujeres que les quitan la vida».

CAPÍTULO XXII

«Y de la quinta montaña, que tenía hierba verde y era abrupta, los que creyeron son los siguientes: creyentes ciertamente, pero lentos de aprendizaje, y obstinados, y complacientes consigo mismos, deseando saberlo todo y sin saber nada en absoluto. A causa de esta obstinacia, el entendimiento se apartó de ellos, y una necia insensatez entró en ellos. Y se alaban a sí mismos como si tuvieran sabiduría, y desean convertirse en maestros, aunque están desprovistos de entendimiento. A causa, pues, de esta altivez de mente, muchos se volvieron vanos, exaltándose a sí mismos: porque la obstinación y la confianza vana son un gran demonio. De estos, pues, muchos fueron rechazados, pero algunos se arrepintieron y creyeron, y se sometieron a los que tenían entendimiento, reconociendo su propia

necedad. Y para el resto de esta clase el arrepentimiento está abierto; porque no eran malvados, sino más bien necios y sin entendimiento. Si estos, pues, se arrepienten, vivirán para Dios; pero si no se arrepienten, tendrán su morada con las mujeres que obraron maldad entre ellos».

CAPÍTULO XXIII

«Y los de la sexta montaña, que tenía grietas grandes y pequeñas y hierba decaída en las grietas, y que creyeron, son los siguientes: los que ocupan las grietas pequeñas son los que hacen acusaciones unos contra otros, y a causa de sus calumnias se han consumido en la fe. Muchos de ellos, sin embargo, se arrepintieron; y los demás también se arrepentirán cuando oigan mis mandamientos, porque sus calumnias son pequeñas y se arrepentirán rápidamente. Pero los que ocupan las grietas grandes son los que persisten en sus calumnias y son vengativos en su ira los unos contra los otros. Estos, pues, fueron arrojados lejos de la torre y rechazados de participar en su construcción. Tales personas, pues, tendrán dificultad para vivir. Si nuestro Dios y Señor, que gobierna sobre todas las cosas y tiene poder sobre toda su creación, no guarda rencor contra los que confiesan sus pecados, sino que es misericordioso, ¿puede el hombre, que es corruptible y lleno de pecados, guardar rencor contra un semejante, como si fuera capaz de destruirle o salvarle? Yo, el ángel del arrepentimiento, os digo: todos los que entre vosotros tengáis esta manera de pensar, abandonadla y arrepentíos, y el Señor sanará vuestros pecados pasados, si os purificáis de este demonio; pero si no, seréis entregados a él para la muerte».

CAPÍTULO XXIV

«Y los que creyeron de la séptima montaña, en la que la hierba era verde y floreciente, y toda la montaña era fértil, y toda clase de ganado y las aves del cielo se alimentaban de la hierba de aquella montaña, y la hierba de la que pastaban se volvía más abundante, son los siguientes: siempre fueron sencillos, e inocentes, y bienaventurados, sin hacer acusaciones unos contra otros, sino siempre regocijándose grandemente a causa de los siervos de Dios, y revestidos del santo espíritu de estas vírgenes, y teniendo siempre compasión de todo hombre, y dando auxilio de sus propios trabajos a todo hombre, sin reproche y sin vacilación. El Señor, pues, viendo su sencillez y toda su mansedumbre, los multiplicó en medio de los trabajos de sus manos, y les concedió gracia en todas sus obras. Y yo, el ángel del arrepentimiento, os digo a los que sois tales: Continudad siendo como estos, y vuestra descendencia nunca será borrada; porque el Señor os ha puesto a prueba e inscrito en el número de los nuestros, y toda vuestra descendencia morará con el Hijo de Dios; porque habéis recibido de su Espíritu».

CAPÍTULO XXV

«Y los que creyeron de la octava montaña, donde había muchas fuentes y donde todas las criaturas de Dios bebían de las fuentes, son los siguientes: apóstoles, y maestros, que predicaron a todo el mundo, y que enseñaron solemne y puramente la palabra del Señor, y no cayeron en absoluto en malos deseos, sino que caminaron siempre en justicia y verdad, según habían recibido el Espíritu Santo. Tales personas, pues, entrarán junto con los ángeles».

CAPÍTULO XXVI

«Y los que creyeron de la novena montaña, que era un desierto y tenía en ella reptiles y bestias salvajes que destruyen a los hombres, son los siguientes: los que tenían manchas como siervos que cumplían mal su deber, y que saqueaban a las viudas y huérfanos de su sustento, y se granjeaban posesiones para sí mismos del ministerio que habían recibido. Si, pues, permanecen bajo el dominio del mismo deseo, están muertos y no hay esperanza de vida para ellos; pero si se arrepienten y cumplen su ministerio de manera santa, podrán vivir. Y los que estaban cubiertos de costras son los que negaron a su Señor y no volvieron a Él; sino que haciéndose áridos y como un desierto, y no uniéndose a los siervos de Dios, sino viviendo en soledad, destruyen sus propias almas. Pues así como una vid, cuando se deja dentro de un cercado y se descuida, se arruina y es abandonada por las malas hierbas, y con el tiempo se vuelve silvestre y ya no le es de ninguna utilidad a su dueño, así también son tales hombres que se han abandonado a sí mismos y se han vuelto inútiles a su Señor por haber contraído hábitos salvajes. Estos hombres, pues, tienen el arrepentimiento en su poder, a menos que se hallen que negaron de corazón; pero si alguno se halla que negó de corazón, no sé si puede vivir. Y digo esto no para estos días presentes, a fin de que alguno que haya negado obtenga el arrepentimiento, porque es imposible que sea salvo el que ahora tiene la intención de negar a su Señor; sino que para los que le negaron hace mucho tiempo el arrepentimiento parece ser posible. Si, pues, alguno tiene intención de arrepentirse, que lo haga rápidamente, antes de que la torre esté terminada; porque si no, será completamente destruido por las mujeres. Y las piedras desportilladas son los engañosos y los calumniadores; y las bestias salvajes que viste en la novena montaña son las mismas. Pues así como las bestias salvajes destruyen y matan a un hombre con su veneno, así también las palabras de tales hombres destruyen y arruinan a un hombre. Estos, pues, están mutilados en su fe a causa de las obras que han cometido en sí mismos; sin embargo algunos se arrepintieron y fueron salvados. Y los demás que son de tal carácter pueden ser salvados si se arrepienten; pero si no se arrepienten, perecerán con aquellas mujeres cuya fortaleza han asumido».

CAPÍTULO XXVII

«Y de la décima montaña, donde había árboles que daban sombra a ciertas ovejas, los que creyeron son los siguientes: obispos dados a la hospitalidad, que recibieron siempre con alegría en sus casas a los siervos de Dios, sin disimulo. Y los obispos nunca dejaron de proteger, con su servicio, a las viudas y a los necesitados, y siempre mantuvieron una conversación santa. Todos estos, pues, serán protegidos por el Señor para siempre. Los que hacen estas cosas son honorables ante Dios, y su lugar está ya con los ángeles, si permanecen hasta el final sirviendo a Dios».

CAPÍTULO XXVIII

«Y los que creyeron de la undécima montaña, donde había árboles llenos de frutos, adornados con frutos de diversas clases, son los siguientes: los que sufrieron por el nombre del Hijo de Dios, y que sufrieron además de buena gana con todo su corazón, y dieron su vida». «¿Por qué, pues, señor», dije yo, «llevan todos estos árboles fruto, y algunos de ellos más hermoso que los demás?». «Escucha», dijo: «todos los que una vez sufrieron por el nombre del Señor son honorables ante Dios; y de todos estos los pecados fueron perdonados, porque sufrieron por el nombre del Hijo de Dios. Y por qué sus frutos son de diversas clases y algunos de ellos superiores, escucha. Todos», continuó, «los que fueron llevados ante las autoridades y fueron interrogados, y no negaron, sino que sufrieron de buena gana, estos gozan de mayor honor ante Dios, y de estos el fruto es superior; pero todos los que fueron cobardes, y estuvieron en duda, y reflexionaron en sus corazones si negarían o confesarían, y sin embargo sufrieron, de estos el fruto es menor, porque ese pensamiento les entró en el corazón; porque ese pensamiento —que un siervo debe negar a su Señor— es malvado. Ten cuidado, pues, vosotros los

que meditáis tales cosas, no sea que ese pensamiento permanezca en vuestros corazones y perezcáis para Dios. Y vosotros los que sufrís por su nombre debéis glorificar a Dios, porque Él os juzgó dignos de llevar su nombre, para que todos vuestros pecados fueran sanados. Estimados, pues, más bien dichosos, y pensad que habéis hecho una gran cosa, si alguno de vosotros sufre por causa de Dios. El Señor os otorga la vida, y vosotros no lo comprendéis, porque vuestros pecados eran graves; pero si no hubierais sufrido por el nombre del Señor, habríais muerto para Dios a causa de vuestros pecados. Estas cosas os digo a vosotros los que vacilais entre negar y confesar: reconoced que tenéis al Señor, no sea que, negándole, seáis entregados a la prisión. Si los paganos castigan a sus esclavos cuando uno de ellos niega a su amo, ¿qué pensáis que hará vuestro Señor, que tiene autoridad sobre todos los hombres? Apartad estos pensamientos de vuestros corazones, para que viváis continuamente para Dios».

CAPÍTULO XXIX

«Y los que creyeron de la duodécima montaña, que era blanca, son los siguientes: son como niños pequeños, en cuyos corazones no nace ningún mal; ni supieron qué era la maldad, sino que permanecieron siempre como niños. Tales personas, pues, sin duda alguna moran en el reino de Dios, porque no contaminaron en nada los mandamientos de Dios; sino que permanecieron como niños todos los días de su vida con la misma disposición. Todos vosotros, pues, los que permanezcáis firmes y seáis como niños, sin hacer el mal, seréis más honrados que todos los mencionados anteriormente; porque todos los niños son honorables ante Dios, y son las primeras personas para Él. Bienaventurados, pues, vosotros los que apartáis la maldad de vosotros, y os revestís de la inocencia. Como los primeros de todos viviréis para Dios».

Después de que hubo terminado las parábolas de las montañas, le dijo: «Señor, explícame ahora acerca de las piedras que fueron sacadas de la llanura y puestas en el edificio en lugar de las que fueron sacadas de la torre; y

acerca de las piedras redondeadas que fueron puestas en el edificio; y las que permanecen aún redondeadas».

CAPÍTULO XXX

«Escucha», respondió, «también sobre todas estas. Las piedras sacadas de la llanura y puestas en la construcción de la torre en lugar de las que fueron rechazadas son las raíces de esta montaña blanca. Cuando, pues, los que creyeron de la montaña blanca se hallaron todos irreprochables, el Señor de la torre mandó que las de las raíces de esta montaña fueran echadas en la construcción de la torre; porque sabía que si estas piedras iban a la construcción de la torre, permanecerían brillantes y ninguna de ellas se volvería negra. Pero si hubiera resuelto lo mismo respecto a las otras montañas, habría sido necesario que visitara de nuevo aquella torre y la limpiara. Ahora bien, todas estas personas se hallaron blancas: los que creyeron y los que aún creerán, porque son de la misma raza. Esta es una raza feliz, porque es inocente. Escucha ahora, además, acerca de estas piedras redondeadas y brillantes. Estas también son de la montaña blanca. Escucha, además, por qué se hallaron redondeadas: porque sus riquezas las habían oscurecido y ensombrecido un poco respecto a la verdad, aunque nunca se apartaron de Dios; ni salió de su boca ninguna palabra mala, sino toda justicia, virtud y verdad. Cuando el Señor, pues, vio la disposición de estas personas, que habían nacido buenas y podían ser buenas, ordenó que sus riquezas fueran reducidas, no que les fueran quitadas para siempre, a fin de que pudieran hacer algún bien con lo que les quedara; y vivirán para Dios, porque son de buena raza. Por eso fueron redondeadas un poco por el cincel y puestas en el edificio de la torre».

CAPÍTULO XXXI

«Pero las otras piedras redondeadas, que no habían sido aún adaptadas al edificio de la torre, y que no habían recibido aún el sello, fueron puestas de nuevo en su lugar por este motivo: porque son sobremanera redondeadas. Ahora bien, en estas cosas debe ser reducida esta edad, y en las vanidades de sus riquezas, y entonces se encontrarán en el reino de Dios; porque es necesario que entren en el reino de Dios, ya que el Señor ha bendecido esta raza inocente. De esta raza, pues, nadie perecerá; porque aunque alguno de ellos sea tentado por el diablo más malvado y cometa pecado, volverá rápidamente a su Señor.

»Os considero bienaventurados a vosotros que sois inocentes como niños, porque vuestra parte es buena y honorable ante Dios.

»Además, os digo a todos vosotros los que habéis recibido el sello del Hijo de Dios: revestíos de sencillez, y no guardéis memoria de los agravios, ni permanezcáis en la maldad. Apartad, pues, el recuerdo de vuestros agravios y amarguras, y seréis formados en un solo espíritu. Y sanad y apartad de vosotros esas malas escisiones, para que si el Señor de los rebaños viene, se regocije a causa de vosotros. Y se regocijará, si halla todo en buen estado, y ninguno de vosotros perecerá. Pero si halla alguna de estas ovejas extraviada, ¡ay de los pastores! Y si los pastores mismos se han extraviado, ¿qué respuesta darán por sus rebaños? ¿Dirán quizás que sus rebaños los acosaron? No serán creídos, porque es increíble que un pastor pueda sufrir de su rebaño; antes bien será castigado a causa de su mentira. Y yo mismo soy un pastor, y estoy bajo una necesidad sumamente estricta de rendiros cuenta».

CAPÍTULO XXXII

«Sanaos, pues, mientras la torre está aún en construcción. El Señor mora en los hombres que aman la paz, porque Él amó la paz; pero de los pendenciosos y los enteramente malvados está lejos. Devolvedle, pues, un espíritu sano tal como lo recibisteis. Porque cuando entregáis a un lavandero una ropa nueva y deseáis recibirla entera al final, si el lavandero os devuelve una ropa rota, ¿la tomaréis de él y no antes bien os enojaréis y le increparéis, diciéndole: "Os entregué una ropa que estaba entera: ¿por qué la habéis rasgado y la habéis hecho inservible, de modo que no puede servir de nada a causa del rasgón que habéis hecho en ella?"? ¿No diríais todo esto al lavandero acerca del rasgón que encontrasteis en vuestra ropa? Si, pues, os entristecéis por vuestra ropa y os quejáis por no haberla recibido entera, ¿qué pensáis que hará el Señor con vosotros, que os dio un espíritu sano, que habéis hecho enteramente inservible, de modo que no puede ser de ningún servicio a su poseedor? Porque su uso comenzó a ser inútil, al haber sido corrompido por vosotros. ¿No hará el Señor, pues, lo mismo a causa de esta conducta vuestra respecto a su Espíritu, y os entregará a la muerte? Ciertamente, digo que lo hará con todos los que halle conservando el recuerdo de los agravios. No pisoteéis su misericordia, dice Él, sino más bien honradle, porque es tan paciente con vuestros pecados y no es como vosotros. Arrepentíos, porque os es provechoso».

CAPÍTULO XXXIII

«Todas estas cosas que están escritas arriba, yo, el Pastor, el mensajero del arrepentimiento, las he mostrado y dicho a los siervos de Dios. Si, pues, creéis y escucháis mis palabras y camináis en ellas, y enmendáis vuestros caminos, tendréis el poder de vivir: pero si permanecéis en la maldad y en

el recuerdo de los agravios, ningún pecador de esa clase vivirá para Dios. Todas estas palabras que tenía que decir os han sido dichas».

El Pastor me dijo: «¿Me has preguntado todo?». Y yo respondí: «Sí, señor». «¿Por qué no me preguntaste acerca de la forma de las piedras que fueron puestas en el edificio, para que yo te explicara por qué rellenamos las formas?». Y yo dije: «Lo olvidé, señor». «Escucha ahora, pues», dijo, «también sobre esto. Estos son los que ahora han oído mis mandamientos y se arrepintieron con todo su corazón. Y cuando el Señor vio que su arrepentimiento era bueno y puro, y que podían permanecer en él, ordenó que sus pecados anteriores fueran borrados. Pues estas formas eran sus pecados, y fueron niveladas para que no aparecieran».

DÉCIMA PARÁBOLA

SOBRE EL ARREPENTIMIENTO Y LA LIMOSNA

CAPÍTULO I

Después de haber escrito completamente este libro, aquel mensajero que me había entregado al Pastor vino a la casa donde yo estaba, y se sentó en un lecho, y el Pastor estaba de pie a su derecha. Entonces me llamó y me habló de la siguiente manera: «Te he entregado a ti y a tu casa al Pastor, para que

seáis protegidos por él». «Sí, señor», dije yo. «Si deseas, pues, ser protegido», dijo, «de todo fastidio y de todo trato áspero, y tener éxito en toda buena obra y palabra, y poseer todas las virtudes de la justicia, camina en estos mandamientos que él te ha dado, y podrás vencer toda maldad. Porque si guardas esos mandamientos, todo deseo y placer del mundo estará sujeto a ti, y el éxito te acompañará en toda buena obra. Toma para ti su experiencia y su moderación, y di a todos que él está en gran honor y dignidad ante Dios, y que es un presidente con gran poder y poderoso en su oficio. A él solo a lo largo de todo el mundo le ha sido asignado el poder del arrepentimiento. ¿Te parece poderoso? Pero tú desprecias su experiencia y la moderación que ejerce contigo».

CAPÍTULO II

Le dije: «Pregúntele a él mismo, señor, si desde que entró en mi casa he hecho algo inapropiado o le he ofendido en algún aspecto». Respondió: «Yo también sé que no has hecho ni harás nada inapropiado, y por eso te digo estas palabras para que perseveres. Pues él me ha dado un buen informe de ti, y tú dirás estas palabras a otros, para que ellos también, los que ya se hayan arrepentido o que aún se arrepientan, abriguen los mismos sentimientos que tú, y él me dé también un buen informe de estos, y yo al Señor». Y yo dije: «Señor, doy a conocer a todos los grandes obras de Dios: y espero que todos los que las aman, y que pecaron antes, al oír estas palabras, se arrepientan y reciban la vida de nuevo». «Continúa, pues, en este ministerio, y acábalo. Y todos los que cumplan sus mandamientos tendrán vida y gran honor ante el Señor. Pero los que no guarden sus mandamientos huyen de su vida y le desprecian. Pero él tiene su propio honor ante el Señor. Todos, pues, los que le desprecien y no sigan sus mandamientos se entregan a la muerte, y cada uno de ellos será culpable de su propia sangre.

»Pero te exhorto a que obedezcas sus mandamientos, y tendrás remedio para tus pecados pasados».

CAPÍTULO III

«Además, te envié estas vírgenes para que moren contigo. Pues vi que eran amables contigo. Tendrás, pues, a estas como auxiliares, para que seas mejor capaz de guardar sus mandamientos; porque es imposible que estos mandamientos sean observados sin estas vírgenes. Y veo además que se quedan contigo de buena gana; pero también les encargaré que no se aparten en absoluto de tu casa: tú solo mantén tu casa pura, como ellas se complacerán en morar en una morada pura. Porque son puras, y castas, y laboriosas, y tienen toda influencia ante el Señor. Por tanto, si hallan tu casa pura, permanecerán contigo; pero si les sobreviene alguna contaminación, aunque sea pequeña, se apartarán inmediatamente de tu casa. Porque a estas vírgenes no les gusta en absoluto ninguna contaminación». Le dije: «Espero, señor, complacerlas, de modo que estén siempre dispuestas a habitar mi casa. Y así como Aquel a quien me encomendaste no tiene queja contra mí, así tampoco la tendrán ellas». Dijo al Pastor: «Veo que el siervo de Dios desea vivir y guardar estos mandamientos y colocar a estas vírgenes en una morada pura». Cuando hubo dicho estas palabras, me entregó de nuevo al Pastor, y llamó a aquellas vírgenes, y les dijo: «Puesto que veo que estáis dispuestas a morar en su casa, os encomiendo a él y a su casa, pidiendo que no os apartéis de ella en absoluto». Y las vírgenes oyeron estas palabras con agrado.

CAPÍTULO IV

El ángel me dijo entonces: «Condúctete varonilmente en este servicio, y da a conocer a todos los grandes hechos de Dios, y tendrás favor en este ministerio. Todo el que, pues, camine en estos mandamientos, tendrá vida y será feliz en su vida; pero todo el que los descuide no tendrá vida y será desdicha-

do en esta vida. Encarga a todos los que son capaces de obrar bien que no dejen de hacerlo; porque practicar las buenas obras les es útil. Y digo que todo hombre debe ser rescatado de los inconvenientes. Porque tanto el que está necesitado como el que sufre inconvenientes en su vida cotidiana se encuentra en gran tormento y necesidad. Quien, pues, rescate a un alma de este tipo de la necesidad, se ganará para sí mismo una gran alegría. Porque el que está acosado por inconvenientes de este tipo sufre el mismo tormento que el que está en cadenas. Además muchos, a causa de calamidades de este tipo, cuando no podían soportarlas, aceleran sus propias muertes. El que, pues, conoce una calamidad de este tipo que aflige a un hombre y no le salva comete un gran pecado y se hace culpable de su sangre. Haced obras buenas, pues, vosotros los que habéis recibido bienes del Señor; no sea que mientras os demoráis en hacerlas se termine el edificio de la torre y seáis rechazados del edificio; no hay ahora ninguna otra torre en construcción. Pues por causa vuestra se suspendió la obra de construcción. Si, pues, no os apresuráis a obrar con rectitud, la torre será completada y seréis excluidos».

Después de que hubo hablado conmigo se levantó del lecho, y tomando al Pastor y a las vírgenes, se marchó. Pero me dijo que volvería a enviar al Pastor y a las vírgenes a mi morada. Amén.

Fin del Libro Tercero — Las Parábolas

Fin de El Pastor de Hermas

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB